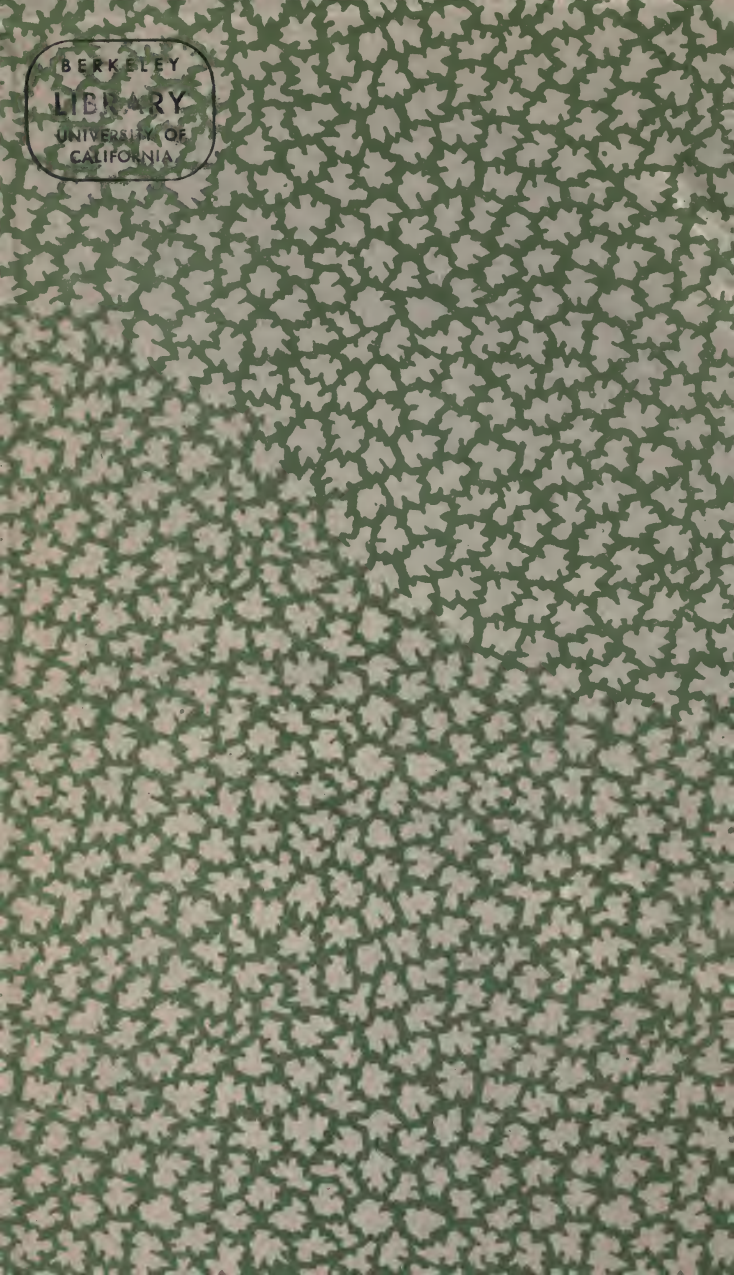


UC-NRLF



B 3 046 968

6179499





9)

**EL NUEVO
VIAJERO UNIVERSAL
EN AMÉRICA,**

Ó SEA

historia de viajes á los antiguos paises de
Tierra firme y Bogotá, despues Nuevo Rei-
no de Granada.

Contiene entre otras cosas : noticias de las costumbres y gobiernos de aque-
llos paises antes de la conquista y primeras expediciones de esta en aque-
lla parte.

POR M. Y E.

CON UNA LAMINA FINA PERFECTAMENTE ILUMINADA,

que representa varios gefes de los antiguos habitantes de Bogotá y Tunja.



BARCELONA.

IMPRENTA DE A. BERGNES Y COMPAÑIA.

CON LICENCIA. MAYO, 1833.

tados; los que intenten interpretarlos maliciosa-
mente, se estrellarán contra la fuerza de la verdad y ca-
drán en el castigo que merecen.

Los capitanes generales de Andalucía y Granada con
fecha 16, los de Estremadura y Valencia con la del 19,
dan parte sin novedad en la tranquilidad pública, así
como el de Guipúzcoa en aquella provincia con fecha
17, y el virey interino de Navarra con la del 18.

Se sabe que el Infante D. Carlos se ha dirigido á al-
guna autoridad principal de la raya de Portugal, con el
objeto de conquistarla á su partido, pero esta ha respon-
dido con una repulsa absoluta, y conforme con lo que
prescriben las leyes del honor y de la fidelidad jurada á
la Reina Doña Isabel II.

El 14 del corriente es cuando salieron de Salamanca
tres cuerpos de artillería volante para el punto, verifican-
do el general en jefe Sarsfield para el punto, verifican-
candole igualmente las tropas que dan en Alba-
Ledesma. Todas ellas respiraban un mas ardiente en-
siasmo, el mismo que han seguido manifestando en todo
el camino. Allí quedó el general Pastors con los zapado-
res, artillería, y el regimiento núm. 18 que había entra-
do, procedente de Ciudad-Rodrigo.

BOLETIN DE COMERCIO

Acaba de llegar á esta Corte una persona de esta
ciudad que ha salido recientemente de Bilbao y Biscaya; y
las noticias que por su medio hemos adquirido nos faci-
litan poder instruir á nuestros lectores de algunos suce-
sos de aquellos puntos que hasta ahora ignorábamos.
El Gobierno de los faciosos en Bilbao, no satisfecho
con haberse apoderado de los caudales de la Diputación
y del Consulado que ascienden á la suma de millon y
medio de reales, ha decretado una contribucion forzosa
para la misma villa de Bilbao de dos millones de reales;
la que ya se ha empezado á cobrar bajo los apremios mas
rigorosos, consistiendo la cuota vecinal desde el mini-
mum de dos mil reales hasta el máximo de ochenta mil;
sin perjuicio de la derrama que estaban arreglando para

en las plazas públicas ni en las tribunas conspiradoras, resonó en el Palacio de la Real Familia, y es claro que no se piensa en derribar el trono, ni en disminuir sus necesarias prerogativas, sino en salvar el mismo trono. Esta es la enorme diferencia que hay entre esta época y otras demasado recientes y sabidas.

El acontecimiento es sin embargo de tal naturaleza, que no puede menos de despertar á la par de pasiones generosas otras impuras y malignas. En el conflicto de los riesgos, de la defensa, de los encuentros de opiniones y de las maquinaciones de toda especie, suscítanse enemistades personales, ambiciones particulares, y de aquí provienen otras cuestiones que no por ser secundarias dejan de tener roce muy directo con la principal, reducida á hacer prevalecer el dominio legítimo de ISABEL II sobre el ilegal del pretendiente. No está en nuestras facultades ni aun en nuestro anhelo el tomar parte en estos debates; sálvese el solio de ISABEL, y gloriosos sean y seran los nombres de cuantos concurran á tan brillante empresa.

Si sus enemigos consiguera en algunos puntos descartar la obediencia, es porque los factores de la rebeldía perturban los ánimos fingiendo azares para la Religión y contra los tiempos para las instituciones monárquicas. Este error hay que reñtar, estos engaños hay que dissipar; los que se desvían de esta senda y pretendan dividir á los mismos leales, con previsiones aventuradas sobre futuras reclamaciones, harían un daño inmenso. En esta campaña política, procedamos todos como si se disputara un campo de batalla; desalojemos hoy al enemigo de sus posiciones, pongámoste en fuga; si mañana se rehace mas allá, si recibe refuerzos, sean de retrogados. sean de artarquistas, también los amantes del orden refrescarán sus filas y pelearán contra las nuevas legiones y contra sus nuevas estratagemas.

Para lidiar en tan cruda lucha, si los contrarios ejercen violencias y venganzas, los buenos solo piden justicia; si aquellos invocan la Religión y el Trono, también estos le invocan con completa sinceridad; si aquellos apelan á la insurreccion, estos apelan á la fidelidad y al honor. Si dable fuese que sucumbiésemos, idea que re-

**EL NUEVO
VIAJERO UNIVERSAL.**

*Todos los ejemplares de esta obra van
numerados y rubricados para los efectos
del derecho de propiedad.*

177.



EL NUEVO
VIAJERO UNIVERSAL

14-XI-30

EN AMÉRICA,

Ó SEA

historia de viajes á los antiguos países de
Tierra firme y Bogotá, despues Nuevo Rei-
no de Granada.

Contiene entre otras cosas : noticias de las costumbres y gobiernos de aque-
llos países antes de la conquista y primeras expediciones de esta en aque-
lla parte.

POR M. Y E.

CON UNA LAMINA FINA PERFECTAMENTE ILUMINADA,

que representa varios gefes de los antiguos habitantes de Bogotá y Tunja.

J. B. y C. E.

BARCELONA.

IMPRENTA DE A. BERGNES Y COMPAÑIA.

CON LICENCIA. MAYO, 1833.

THE UNIVERSITY OF CHICAGO

PHYSICS DEPARTMENT

PHYSICS 101

1950

PHYSICS 101
LECTURE NOTES
BY
[Illegible Name]

PHYSICS 101
LECTURE NOTES
BY
[Illegible Name]

PHYSICS 101

PHYSICS 101
LECTURE NOTES
BY
[Illegible Name]

PHYSICS 101

PHYSICS 101

PHYSICS 101

PHYSICS 101



El Nuevo

VIAJERO UNIVERSAL

en América.

CAPITULO I.

Costumbres, ritos y ceremonias que usaban los indios Mozcas en su gentilidad ().*

CREIAN los indios Mozcas en un Autor de la naturaleza, mas no dejaban de adorar por dios al Sol por su hermosura, y á la Luna porque la tenían por su muger. Llamaban á esta Chia, y al sol Zuhé; y así para denotar á los Españoles con un epíteto de suma grandeza les dieron el nombre de Zuhá. En varias partes

(*). Estas noticias y las de los capítulos inmediatos siguientes se han entresacado de la *Historia general de las conquistas del nuevo-reino de Granada* del Dr. D. Lucas Fernandez Piedrahita, dignidad de la metropolitana de Santa Fe de Bogotá, citada por Humboldt.

adoraban tambien montes, lagunas, rios, árboles y muchos ídolos que tenian en una especie de santuarios y oratorios. Castellanos refiere haber leído en un libro manuscrito que dejó el adelantado D. Gonzalo Ximenez de Quesada, que tenian la costumbre de poner sobre la sepultura de los que morian de picadura de culebra la señal de la cruz. Afir-maban la inmortalidad del alma; y así cuando moria alguno le metian en el sepulcro mantenimientos de comer y beber; y si era cacique ó rey, criados y mugeres, las que le habian servido mas bien, y gran cantidad de oro y esmeraldas. Mezclaban empero el error de que los que morian pasaban á otras tierras muy retiradas, donde habian menester toda aquella prevencion, así para el camino, como para su servicio, porque necesitaban allá de cultivar los campos y emplearse en labranzas como las que dejaban.

Esperaban el juicio universal y la resurreccion de los muertos, pero añadian que habian de volver á gozar de aquellas mismas tierras en que estaban antes de morir, conservándose en el mismo sér y hermosura. Les quedaba tambien alguna noticia del diluvio y de la

creacion del mundo, mezclada con ideas absurdas.

Referian por tradicion que en los pasados siglos aportó á aquellas regiones un extranjero á quien llamaban unos Nemquetheba, otros Bochica y otros Zuhé; y algunos decian que no fue un solo extranjero, sino tres, que en diferentes tiempos entraron predicando. Lo mas recibido era empero que fue uno solo con aquellos tres nombres. Dicen que tenia la barba hasta la cintura, los cabellos recogidos con una cinta como trenza, puesta á la manera que los antiguos Fariseos usaban en la cabeza los filacterios. En esta forma en los rodetes que se ponen los Indios en las cabezas colocaban una rosa de plumas que les caia sobre las cejas. Andaba este hombre con las plantas desnudas, y traia una almalafa puesta, cuyas puntas juntaba con un nudo sobre el hombro, de quien añadian haber tomado el traje, el uso del cabello, y el andar descalzos.

Contaban igualmente que Bochica les predicaba muchas cosas buenas, y que trajo despues una muger de estremada belleza, que les enseñaba otras muy contrarias. Unos la llamaban Chia, otros Yubecayguaya, y otros Huy-

thaca. A sus principios difundidos con novedad y malicia acudia innumerable gente. Por esto decian los mas, que Bochica la convirtió en lechuza; otros que la trasladó al cielo para que fuese muger del Sol y alumbrase de noche, sin parecer de dia por las maldades que habia predicado, y que desde entonces hay Luna. Añadian los Ubaques que Chia era muger de Vaqui, y tuvo una hija que casó con el gefe ó cabeza de los espíritus infernales. Sobre trasformaciones referian muchas fábulas. Entre los Indios se contaba asimismo que habia algunos de ellos tan grandes hechiceros, que tomaban las apariencias de tigres y leones y de otros animales nocivos. Las razones y autoridad de los ministros evangélicos no bastaban á borrarles estas memorias.

De Bochica suponian haber recibido muchos beneficios. Decian que por inundaciones del rio Funzha, en que intervinieron las malas artes de Huythaca, se anegó la sábana ó pampa de Bogotá, y crecieron las aguas de suerte, que obligaron á los naturales á establecerse en las cumbres mas levantadas de los montes, hasta que llegó Bochica, é hiriendo con el bordon en una serranía abrió camino á

las aguas, que dejaron luego la tierra llana habitable como antes; y que fue tal el ímpetu de las aguas répresadas, que rompiendo las peñas se formó el salto de Tequendama á algunas leguas de Santa Fe de Bogotá. Contaban por fin de Bochica que había muerto en Sogamoso despues de su predicación; que habiendo vivido allí retirado veinte veces cinco veintes de años, que por su cuenta hacen dos mil, fue trasladado al Cielo; y que al tiempo de su partida dejó al Cacique de aquella Provincia por heredero de su santidad y poder. De aquí la veneracion que tenían á todo aquel territorio, y que en memoria de Bochica hubiese una carrera abierta desde los Llanos á Sogamoso, de unas cien leguas, muy ancha y con valladares ó prétilles por una y otra parte, aunque ya maltratada y oscurecida algun tiempo despues de la conquista con la paja y barzal que se habia criado en ella. Por la misma decian que subió Bochica desde los Llanos al Nuevo-Reino.

Algunos escritores, atendiendo á que los discípulos del Evangelio se dividieron por todo el mundo, y á que, segun otros, una de las partes en que predicó S. Bartolomé fueron las

Indias occidentales, han creído verosímil que Bochica fué este apóstol, y que con la falta de letras ó geroglíficos variasen de suerte las noticias, que de un hecho verdadero se hubiese fabricado una fábula. Y lo probaban: 1.º por la antigüedad del tiempo á que se referia la venida de Bochica; las señas del trage que vestia, que es el que allí se usaba, de túnica, manta y cabello largo en forma nazarena; por habérsele dado entre otros el nombre de Zuhé, el mismo que dieron después á los primeros hombres blancos que vieron en las conquistas; por el conocimiento de que las cosas que Bochica les enseñaba eran buenas, siendo así que tenian por malo, aunque lo seguian, lo mismo que ha enseñado serlo la religion cristiana: 2.º por referir que fueron beneficios los que recibieron de sus manos, como son las noticias de la inmortalidad del alma, del juicio y de la resurreccion universal; por la veneracion de la cruz, poniéndola, como se indicó, sobre algunos sepulcros; y por la ruina de Huythaca muy conforme á la de los ídolos: 3.º por la opinion común del país de que cierto vestigio estampado en una piedra de la provincia de Ubaque, y otro por la parte de Qui-

to; fue una señal de su pie; y por algunas otras razones.

De sus templos ó santuarios eran los mas celebrados los de Bogotá, Sogamoso y Guatavita. En ellos adoraban mucha diversidad de ídolos, á saber, figuras del Sol y de la Luna, formadas de plata y oro; otras de hombres y mugeres, del mismo metal; otras de madera, de hilo y de cera, unas grandes y otras pequeñas: todos estos ídolos con cabelleras y mal cortados. Vestíanlos de mantas de pincel como las mas estimadas; y puestos en orden, siempre juntaban la figura del varon con la de la hembra. Los sacerdotes y ministros se llamaban chuques, eran agoreros, y consultaban los oráculos con varias supersticiones. Por mano de estos sacerdotes se sacrificaban las víctimas de sangre humana; y se hacian las ofrendas á los ídolos de esmeraldas, de oro en polvo ó en puntas, y de diferentes figuras de culebras, sapos, lagartijas, hormigas y gusanos, casquetes, brazaletes, diademas, monas, raposas y vasos; todo de oro. Ofrecian tambien tigres, leones y otras cosas de menos importancia, como pájaros y vasijas de barro, con mantenimientos ó sin ellos.

Estos jeques tenían su morada y habitación en los templos: no se les permitía casarse, y debían vivir castamente, en tanto, que si había presunción de lo contrario, los privaban del ministerio. Decían que, teniéndolos por hombres santos á quienes respetaban y honraban mas que á todos, y con quienes consultaban las materias mas graves, era de mucha indecencia y estorbo que fuesen profanos y sensuales; y que las manos con que se hacían las ofrendas y sacrificios á los dioses en sus templos, debían ser limpias. Vivían con notable recogimiento, y comían poco y ligero. Hablaban escasas palabras y dormían menos, pasando lo mas de la noche en mascar hayo, yerba llamada coca en el Perú (*). Con esta hoja sahumaban los jeques á sus ídolos, aunque los perfumes de que mas se valían eran de trementina parda, de caracolillos y almejuelas, y de moque, á manera de incienso, cada uno de ellos de malísimo olor.

Aunque reconocían los jeques al espíritu infernal por padre de la mentira, y sabían que los ídolos eran obras de los hombres, decían que aquel quería ser honrado de esta suerte,

(*) Véase el *Viaje al Perú*.

y que así no podían hacer menos que obedecerle.

Tenían también sus ritos y ceremonias los hombres y mugeres cuando iban á los templos á sus ofrendas y sacrificios. Para poner á sus dioses mas propicios en las súplicas que habian de hacerles, ayunaban antes gran número de dias, muchos de ellos sin comer cosa alguna; y en los que comían algo, no habia de ser de carne ni pescado, sino de yerbas ó semejante género de muy poca sustancia, y sin sal ni agi, que es el condimento que mas agrada á los Indios. Vivían asimismo en un recogimiento grande mientras duraba el ayuno, y no se lavaban el cuerpo, siendo cosa que acostumbraban hacer á cada momento. Apartábanse los hombres de todas las mugeres y ellas de los hombres; y aunque reconociesen en sí notable riesgo de la vida, no dejaban el recogimiento ni abstinencia. Concluido el ayuno, llamado zaga, entregaban sus dones al jeque, que no habiendo tenido menos abstinencia, los ofrecia, consultando con ceremonias sobre la pretension de los que hacian la ofrenda.

Obtenida la respuesta con palabras equívocas, se iban estos muy contentos, y con cierta

especie de jabon de guabas, especie de frutillas, se bañaban y limpiaban bien los cuerpos, se vestian mantas nuevas, convidaban á los parientes y amigos para darles banquetes algunos dias, gastaban mucha cantidad de chicha, bailaban al compás de sus caracoles y fótutos, y cantaban juntamente algunos versos ó canciones que componian en su idioma con cierta medida y consonancia, á manera de los villancicos y endechas de los Españoles. En este género de versos referian los sucesos presentes y pasados, y engrandecian ó vituperaban las personas. En las materias graves mezclaban muchas pausas, y en las alegres guardaban proporcion; pero siempre parecian sus cantos tristes y frios. Lo mismo se notó en sus bailes y danzas, que de otra parte eran tan compasadas, que no discrepaban un solo punto en los visajes y movimientos. Ordinariamente usaban estos bailes en corro, asidos de las manos y mezclados hombres y mugeres. La misma proporcion guardaban al arrastrar madera ó piedra, siguiendo á un tiempo con la voz, los pies y manos el compás de la voz de uno que les servia de guia, á la manera que zalamán los marineros en los navíos. Era para

CAPITULO II.

*Otras ceremonias y costumbres de los Mozcas :
sus procesiones.*

Los sacrificios que consideraban mas agradables á sus dioses eran los de sangre humana; y por el supremo, entre todos, el de algun mancebo natural de un pueblo que estaba fundado á las vertientes de los Llanos, y que se hubiese criado desde pequeño en cierto templo que en él habia dedicado al Sol. Pero este género de sacrificio no era comun, sino muy particular, respecto de que solamente los caciques y personas semejantes podian costearlo. A estos mancebos, que tenian el nombre de mojas, llegando á los diez años los sacaban de aquel templo algunos mercaderes de su nacion, y los llevaban de provincia en provincia para venderlos por precios muy subidos á los hombres mas poderosos, los cuales depositaban al moja en alguno de aquella especie que habia de san-

tuarios, hasta que llegase á los quince ó diez y seis años. En esta edad se le sacaba á sacrificar, abriéndole vivo, y arrancándole el corazón y las entrañas, mientras le cantaban sus músicos ciertos himnos que tenían compuestos para aquella bárbara función. Pero si acaso el moja, al tiempo que estaba encerrado, hubiese tenido relaciones con alguna muger de las que habia dedicadas al servicio del santuario ú otra cualquiera de las de afuera, y llegaba esto á noticia de los sacerdotes, quedaba incapaz de ser sacrificado, no teniendo su sangre por accepta al Sol, como no inocente, y echábanle luego del templo como á infame, bien que quedaba libre de muerte por entonces.

En las guerras que emprendian, para que constase la justificación de ellas, daban cuenta primeramente al sumo sacerdote sogamoso; y despues de oida su respuesta, el cacique ó general del ejército sacaba su gente de armas al campo, donde la tenia sucesivamente veinte dias cantando sin cesar las causas que lo movian á ellas, y suplicando á Bóchica y al Sol que no permitiese que fuesen vencidos, pues tenían la razon de su parte. Si el suceso salia acaso contrario á su peticion, las reliquias del

ejército desbaratado se congregaban otros veinte dias consecutivos en el mismo campo á llorar su perdicion y ruina, lamentando de dia y de noche la desgracia con tonos y cantos muy tristes, en que decian al Sol que la malicia de sus crímenes habia sido tan grande, que habia ocasionado su desdicha, á pesar de haber tenido á su favor la razon y la justicia; y llevando allí todas las armas con que habian peleado, derramaban amargas lágrimas, y con igual lastimoso tono, tomando las lanzas en sus manos, decian: «¿Como permitiste, Bochica, que estas invencibles lanzas fuesen atropelladas de nuestros enemigos?» De esta suerte repetian lo mismo con las macanas y con todas las demas clases de armas que habian llevado á la guerra, mezclando con las voces una especie de baile que no causaba menos tristeza que su llanto.

En cuanto á matrimonios, no tenian los Mozcas ceremonia alguna en su celebracion, sino cuando se casaban con la primera muger. Entonces se hacian por manos de sacerdotes, los cuales ponian en su presencia á los contrayentes, teniéndolos recíprocamente el uno al otro echado el brazo sobre los hombros. Pregunta-

ban en seguida á la muger (si habia de querer mas á Bochica que á su marido; si habia de querer mas á su marido que á los hijos que tuviese de él; si tendria mas amor á sus hijos que á sí misma: y diciendo que sí sucesivamente á todo esto, le preguntaban si estando muerto de hambre su marido ella no comeria; respondiendo que no, le preguntaban finalmente si daba su palabra de no ir á la cama de su marido sin que él la llamase primero. Hecha la promesa de que no iria, volvia el sacerdote al marido y decíale si queria por muger á aquella que tenia abrazada, que lo dijese claramente y á voces, de suerte que todos lo entendiesen; y él entonces levantaba el grito, y decia tres ó cuatro veces: *Si quiero, si quiero*; con lo cual quedaba celebrado el matrimonio. Despues podia casarse sin esta ceremonia con cuantas otras mugeres pudiese sustentar.

Refieren los autores que los delitos de los caciques, á mas de la potestad que para ello tenia su rey, los podian castigar tambien las mugeres de los mismos caciques delincuentes, porque decian los Mozcas que aquellos eran hombres como ellos, y que pues sus súbditos; por ser los caciques sus señores, no los podian

castigar, era justo que para que las culpas no quedasen sin pena, se la diesen sus mugeres. Hacíanlo estas famosamente en las ocasiones que les venian á las manos de ser jueces de los pobres maridos. Pero no podia pasar esta pena de azotes, aunque el delito fuese digno de muerte. Estando, despues de conquistado el Reino, el adelantado Quesada retirado en el pueblo de Suesca, fue á visitar al cacique un dia por la mañana, y hallóle que le estaban atando sus mugeres, que eran nueve, y que habiéndole atado, le fueron dando una gran suma de azotes, sin que bastasen los ruegos del Adelantado para que se templase la pena de la ley, ni dejase cada cual por su orden de tomar el azoté que la otra dejaba para despicar su enojó. La causa era que la noche antes habian llegado á hospedarse á lá casa algunos españoles que iban de Velez á Sta. Fe, y brindando en la cena el cacique con vino de Castilla, se embriagó con muy poco; pero con tales demostraciones, que reconocidas de sus mugeres, lo llevaron por fuerza á la cama, donde durmiese el vino, hasta que por la mañana sufriese el castigo de su embriaguez.

Otra de las ceremonias mas ostentosas que

hacían los Mozcas era una especie de procesiones á que asistían sus reyes ó caciques respectivamente en ciertos tiempos del año, especialmente en el de las siembras ó cosechas. Las personas que salían en ellas, sin la innumerable multitud que concurría á verlas, serían de diez á doce mil, las que la noche antes se lavaban los cuerpos para ir más decentemente. Dividíanse sus cuadrillas y parcialidades con diferentes trages y disfraces, arreados de patenas de oro y otras diferentes joyas de que abundaban, aunque todas convenían en llevar pintados los cuerpos de vija y jagua. Unos iban representando osos, otros en figura de leones, y otros de tigres cubiertos con sus pieles, y otros de animales diversos. Iban los sacerdotes con coronas de oro en forma de mitras. Seguía una prolongada cuadrilla de hombres pintados sin disfráz ni joya alguna sobre sí, llorando y pidiendo á Bóchica y al Sol que mantuviesen el estado de su rey ó cacique, y le otorgasen la súplica á que habia dispuesto aquella procesion. Para esto llevaban puestas máscaras con lágrimas retratadas muy al vivo. Luego entraba otra caterva, los unos con grandes risotadas y saltos de alegría, y diciendo los otros que ya

el Sol les habia concedido lo que los de delante le iban pidiendo. Iban en seguida otros con máscaras de oro disfrazados, y con las mantas arrastrando por el suelo en forma de cauda, al parecer con el fin de barrer la carrera para que otros danzasen; pues les iba casi pisando las mantas gran muchedumbre de otros ricamente adornados, bailando y cantando al compás triste y flemático de sus maracas y flautas, y tras ellos muchos con diferentes invenciones.

El último lugar era ocupado por el rey ó caique con el mas costoso adorno y pompa que le era posible, siguiéndole en crecidísimo número y con variedad de trages los criados y ministros de la casa del rey, que se diferenciaban según las gerarquías en que servian. Era increíble la grande cantidad de oro que iba en estas procesiones en distintas joyas, como máscaras, mitras, patenas, medias lunas, brazaletes, ajorcas y figuras de varias sabandijas, de todo lo que fueron desposeidos al tiempo de la conquista. Por muy de mañana que se diese principio á esta fiesta, no se hacía poco en volver á la noche con la procesión al palacio, gastándose grande cantidad de chicha. Estas procesiones se continuaron por muchos años des

pues de conquistado el Reino; y ninguna ceremonia se desarraigó de sus naturales con tanta dificultad. Hacia los años de mil quinientos y sesenta ó sesenta y uno el cacique de Ubaque pidió permiso á la Real Audiencia de Sta. Fe para hacer una en su pueblo, diciendo que pues á los Españoles les eran permitidas fiestas de toros y cañas, máscaras y carnaval, no seria razon que á ellos se les prohibiesen los pasatiempos y placeres que habian usado para desahogarse de cuidados y aliviar al pueblo del trabajo en que se ocupaba, sin darle tiempo á que maquinase en la ociosidad, como en los cantos y bailes no hubiese cosa que oliese á idolatría pasada; lo cual podria reconocerse por los intérpretes de su idioma y otras personas que de órden de la Audiencia les asistiesen. No pareció entonces debérselo denegar, con tal que para mas seguridad de lo que ofrecia el Ubaque, se hallase presente uno de los oidores, que lo fue el licenciado Melchor Perez de Arreaga. La relacion de las grandezas y curiosidades que se vieron en aquella fiesta, especialmente de la gran suma de oro repartida en joyas y figuras de mitras, y de todas las circunstancias y número de gentes, se leyó con

admiracion en la ciudad de Sta. Fe; siendo así que la procesion fue tan moderada, quanto puede pensarse del corto estado de aquel cacique despojado y sujeto, y muy diferente de quando intervenian en ellas los reyes de Bogotá ó caciques de Tunja y Sogamoso.

CAPITULO III.*Sitio y corte de Bogotá, magnificencia de sus reyes, y condiciones y forma de sucederse.*

BOGOTÁ, capital de todo el nuevo reino de Granada, era la corte de sus antiguos reyes, fundada en el centro de un llano de diez leguas de latitud y mas de veinte de longitud. Cércanla en contorno lagunas, diques y brazos del rio Funzha, que hacen sus territorios sujetos á inundaciones. Tenia en tiempo de su gentilidad poco mas de veinte mil casas ó familias. No eran allí los atractivos de la corte lo que mas aumentaba las ciudades, sino la comodidad de las tierras de labor; de modo, que aquellos llanos tenian muchas poblaciones en terrenos fértiles, algunas de las cuales competian en vecindario con Bogotá. Estaba en esta el palacio principal de sus reyes, que eran unas casas grandes y redondas rematadas en forma piramidal, aunque en tiempos posteriores las

construyeron casi todas cuadradas. Cubríanlas de paja, porque ignoraban el arte de formar y colocar las tejas. Las paredes eran de maderos gruesos, encañados por la parte de afuera y dentro, y argamasados con una mezcla de barro y paja. Hacían pequeñas las puertas y las ventanas, uso común entre los Indios; y dividían lo interior de la casa en forma de caracol, en que tenían aposentos y retretes, ó las dejaban rasas con solo un tabique de carrizo, que servía de resguardo para impedir la entrada de los vientos por la puerta, y la vista de los que estaban fuera. Labraban estas puertas de cañas unidas con cordeles de fique semejante á cáñamo, dejándolas en forma de celosía ó de tablas; y las cerraban con unas chapas con guardas y llaves de madera. Llamaban los Indios á las casas thythuas, y los Españoles bohios.

Por todo el ámbito que ocupaban las casas corría un cercado de maderos gruesísimos puestos á trechos, uniéndoseles en los intermedios un paredon muy alto y ancho de mas de media vara, fabricado de cañas recias y varas gruesas unidas y apretadas con sogas fuertes de fique ó esparto. Hacían esta cerca de modo que, formando una ó dos plazas anchurosas,

servia de muralla ó fortaleza del palacio, que tenia doce puertas grandes por donde se entraba en él, sin muchos postigos en los cuales asistían los guardas de los reyes. A todo este edificio junto le llamaban cercado; y así respectivamente eran los demas edificios de los caciques y de la gente particular segun la posibilidad de cada uno. De ordinario tenian los reyes de Bogotá dentro de su cercado mas de doscientas higuyes, ó sea mancebas, sin las demas criadas que les asistían. Poseían asimismo muchas casas de recreo cercadas en diferentes pueblos, todas con estanques para bañarse. El principal de todos estaba en Tabio, distante de Bogotá cuatro leguas, donde habia dos fuentes naturales, poco lejanas en su origen, la una de agua fria y la otra de caliente, en tanto grado, que apenas se podia aguantar en ella la mano. Las aguas de estas fuentes se juntaban á muy corta distancia, y allí donde venian á templarse mezcladas, estaba el estanque mas nombrado de los reyes de Bogotá.

Caminaban estos en andas muy curiosas de madera, que llevaban los Indios sobre los hombros; y para sus viajes les abrian calles en forma de calzadas de á dos leguas, y mas ó

menos, conforme distaba el paraje á donde iban. Llevaban consigo numerosa copia de Indios. De los que iban delante, unos quitaban las pajas, piedras y terroues del camino; y otros se ocupaban en tender mantas, flores y juncia para que pasasen sobre ellas. En los caminos de Bogotá á Subyá y Chia, y en el de Tenjo, se veian en tiempos posteriores vestigios de calzadas y calles, y de los estanques en que se bañaban. Era tanto su poder, que en pidiendo cualquiera hija de cacique ó particular, que le pareciese bien, se la daban sin dificultad, teniéndolo á suma dicha; y fuera de los tributos ordinarios que le hacian muchas veces al año, con el nombre de tamzas, y otros donativos sin número, eran dueños absolutos de las haciendas y vidas de sus súbditos.

Heredaban la corona de Bogotá los sobrinos, hijos de hermanas, prefiriendo los mayores á los menores, y á falta de estos los hermanos del rey. Los hijos de este no tenian mas derecho que á los bienes muebles del padre, estilo comun y general que se observaba entre todos. Así, al sobrino á quien tocaba la sucesion le criaban desde pequeño en un templo con todo recogimiento, asistiéndole guardas

que le celasen y escudriñasen las acciones. No le consentian ver el sol, comer sal, ni comunicar con mugeres, con otras privaciones que le señalaban y habia de observar todo el tiempo de la adolescencia, durante el cual asistia en el templo. Si faltaba en la observancia de la menor de las cosas referidas, quedaba incapaz de suceder al reino, y le reputaban por hombre infame y vil. Antes de sacarle del templo le tomaban juramento, diciendo muchas maldiciones que cayesen sobre él si no manifestaba el esceso ó descuido que hubiese tenido en lo que le habian prohibido; y prestándolo de que fielmente las habia guardado, le colocaban en el cacicazgo de Chia, que era lo mismo que reconocerle por príncipe jurado, donde asistia hasta llegar el tiempo de entrar en el reino. Entonces hechas las mismas diligencias del juramento, si les constaba que habia vivido libre de culpa, le sentaban en una rica silla guarnecida de oro y esmeraldas; poníanle en la cabeza una corona de lo mismo en forma de bonete; y adornado de finas mantas de algodón, hacia juramento de que seria rey de buen gobierno, y de que mantendria en paz y justicia sus tierras y

súbditos, segun y como sus predecesores lo habian hecho. Despues juraban ellos que le serian obedientes y leales; y en reconocimiento de su fidelidad cada cual le servia con una joya y gran copia de conejos, cuíes, perdices y otras aves.

Disponíanse muchos regocijos; nombrábanle ministros y oficiales de su corte, de los cuales el mas preeminente era el de pregonero, porque decian que era el órgano por donde se esplicaba la voluntad del príncipe; y dábanle muger que correspondiese á los méritos del esposo. Aunque despues elegia él y tenia cuantas le parecia, era esta la mas preferida y superior, y por su muerte la colocada en segundo lugar, y así de las demas. La principal esposa antes de morir tenia autoridad para mandar á su marido que despues de muerta guardase continencia por el tiempo que le parecia, como no escudiese de cinco años que limitaban sus leyes; y así mediante el buen trato que en vida les hacian los maridos y los regalos y ruegos que representaban haberles hecho desde que se habian casado, conseguian que les acortasen el término de la ley.

Estas mismas ceremonias y costumbres

guardaban todos los demas caciques segun sus estados; pero no se les permitia entrar en el gobierno de ellos, aunque fuesen heredados, hasta que el rey de Bogotá los confirmase. Así, los caciques que entraban en posesion de sus señoríos acudian cargados de dones para la confirmacion; y cuando volvian con ella, saliales á recibir numeroso concurso de sus súbditos con presentes y parabienes de la merced recibida de la Real mano; y desde entonces eran obedecidos con una puntualidad no imaginable. Aunque se mandó despues de establecidos los Españoles que los caciques acudiesen para la confirmacion á los presidentes y audiencias para que fuesen obedecidos de sus súbditos, como antes lo eran, y á los principios produjo algun efecto el mandato, decayó despues mucho.

Al morir algun señor legítimo sin dejar heredero en el Estado, manifestaban mucho sentimiento los súbditos; pero no hacian diligencia alguna para elegirle, por tocar al rey de Bogotá el poner cacique á su voluntad para que los gobernase. En este caso elegia el rey dos hombres nobles, de buenas circunstancias para el oficio, y naturales del pais don-

de habia vacado el señorío hasta que encontraba uno que no se dejase vencer por halagos mugeriles; y entonces le nombraba en el señorío y sucesion perpetua del Estado, y le acrecentaba con favores.

CAPITULO IV.

Saguanmachica conquista los Fusagasugáes, rompe las hostilidades con el Cacique de Guatavita, que se apodera del Rey de Tunja, con el cual y el Cacique de Ubaque prosigue la guerra, hasta que muere en una batalla.

EL antiguo reino de Bogotá acabó cuando mas poderoso estaba, y las ventajas conseguidas por tres monarcas fueron desvanecidas por los efectos de un acaso.

Desgraciadamente para la historia primitiva de aquel pais, carecieron los indios Bogotáes del uso de las letras y de los geroglíficos ó quipos de Méjico y del Perú. Solamente tenían la tradicion, que consistia en la memoria de los presentes. Así, las noticias mas ciertas que podian dar eran de lo acaecido pocos años antes, que se referia en los cantos y versos en

sus fiestas, aplaudiendo los hechos famosos de algunos héroes, ó vituperando las maldades de otros que habian sido tiranos.

De lo mas cierto que se sabe de aquel pais es que lo que los Españoles llamaron Bogotá se llamó Bacatá, que quiere decir *remate de labranza*; y que en otros tiempos se habian poblado aquellas tierras de un gran número de caciques, absoluto cada cual en su pequeño gobierno. De aquí nació la diferencia de lenguas que usaban en aquel reino, hasta que el Cacique de Bogotá empezó á dilatar su estado, reduciendo ya por fuerza de armas, ya por herencia (ó siendo rebelde al Rey de Tunjá, como algunos quieren), los mas de los cacicazgos á su dominio; y desde aquellos tiempos le intitulaban Zippa, que quiere decir *Gran señor*. De esto resultó que el idioma de Bogotá, que era la lengua chibcha, ó como decimos mozca, se dilatase en todo su Reino, y se hiciese despues general, aunque con alguna diferencia de voces y pronunciacion, que los nuevamente sujetos mezclaban con el idioma de Bogotá.

De los primeros Zippas se daban tan confusas relaciones, y fueron tan cortos los térmi-

nos de su reinado, que solo se tratará de los últimos.

Saguanmachica fue el primero que se hizo famoso entre los caciques de Bogotá. Comenzaría á reinar, segun el cómputo de lunas que hacen los naturales, por los años de mil cuatrocientos setenta poco mas ó menos, y con tan buenos principios á beneficio de la mucha riqueza y gente de guerra que le dejó su antecesor, que luego trató de ensanchar su Estado por aquella parte y que no le embarazasen las paces que halló establecidas con otros caciques sus confinantes. Esta fue la de los Panches, acérrimos enemigos de los Mozcas, y la de los Fusagasugáes menos guerreros, y que por retirados ni le estaban sujetos ni hacian aprecio de su amistad, aunque eran todos de su misma nacion. Y como de la guerra de los Panches no esperaba menos fatalidades que las que habian sufrido sus antecesores, resolvió pasar la conquista á la otra parte de la montaña que dividia las provincias de Bogotá y Sutagaos. Conyocadas sus tropas, y entresacando de ellas hasta treinta mil infantes, se encaminó por los páramos de Fusungá y dió vista en pocos dias á la montaña que sirve de

sobrecejo á las tierras frias de los Pazcas y Chiazaques que le estaban sujetos, con tan poca resistencia en la entrada, que en menos de doce horas se halló de la otra parte, aunque atajado por el cacique ó gefe de Fusagasugá con más numeroso ejército, por haberle ocupado el paso de una colina rasa.

Era el sitio de la colina angosto, ciñéndole por la una parte la fragosidad de un monte cerrado, y por la otra una peligrosa profundidad hasta el rio de Pazca; pero muy á propósito para reconocer la marcha de Saguanmachica y para una retirada, por comenzar desde allí los llanos de Fusagasugá hasta el rio Subyá. Pero Saguanmachica, práctico en el arte militar desde su juventud, fue de parecer que su gente hiciese alto hasta el dia siguiente, y que dos mil hombres penetrasen el monte aquella noche hasta ganar las espaldas del enemigo, y se eligió á uno de los caballeros de su sangre para dirigirlos. Con mucho trabajo venció esta colina las dificultades del monte, saliendo á la otra parte del ejército contrario poco antes de romper el dia, pero á tiempo que las centinelas de sus contrarios tocaban al arma por haberlos sentido.

Persuadidos con esto de que todo el ejército del Zippa les iba cortando la retirada, se pusieron en vergonzosa fuga. El que mandaba la emboscada les acometió entonces por el lado del monte, y el Zippa por las espaldas, hasta meterlos por las puertas de Fusagasugá al tiempo que el sol rayaba, quedando una multitud de enemigos muertos, y preso Uzathama uno de los caciques mas poderosos de aquella provincia y general de sus armas. Allí pues rendido el que gobernaba en Fusagasugá dobló la rodilla á Saguanmachica, y reconociéndole por supremo señor, consiguió perdon de la vida y restitucion de su Estado, sin mas sujecion que el vasallaje con juramento hecho al Sol.

Vanaglorioso el Zippa pasó á Uzathama, tanto para reconocer el terreno y las poblaciones sujetas, como para salir á Bogotá por la montaña de Subyá; pero las malezas y atoladeros pantanosos del monte le detuvieron dos dias en menos de cinco leguas, saliendo al fin de ellos con su gente bien fatigada á las delicias de su Corte, donde pasó muchos meses en sacrificios y fiestas por la victoria.

Mas como el pais vecino de Guatavita se diese por ofendido de la opinion que empeza-

ba á cobrar Saguanmachica, rompió la guerra. El Zippa empero, despues de una famosa resistencia, juntando mas gente, corrió las tierras de los de Guatavita, hasta que habiéndolos derrotado en dos encuentros, les obligó á pedir socorro á Michua rey de Tunja, con quien tenian estrecha confederacion.

Envanecido este con la grandeza de sus Estados y su antiguo linaje, despachó un enviado ó heraldo á Saguanmachica para que pareciese en su Corte á dar razon de las quejas del Cacique de Guatavita; pero el Zippa maltrató al Embajador en menosprecio de quien lo enviaba. Mas empeñado el de Tunja con la propia ofensa, juntó cuarenta mil hombres, y marchando hácia los confines de Bogotá, supo que su enemigo le esperaba, tanto fiado en su gente como en las armas auxiliares que le dieron Soppó y otros señores ofendidos del de Tunja; y así determinó limitarse á dar una vuelta á su Reino.

Animado con esto Saguanmachica, se precipitó, mudando el rumbo, con todo su ejército, sobre el Ubaque, tanto para coger al de Tunja desprevenido, como para vengar el agravio que habia recibido de aquel, pues coligado con su

enemigo y faltando á su amistad antigua, le habia corrido las fronteras de su Reino invadiendo con armas los pueblos de Pazca y Usme. Entró pues á sangre y fuego por las fronteras de Chipaque y Uue; cuando avisado de que desamparando su Corte se había recogido en un peñon fuerte, en que libraba de ordinario la seguridad de su persona y tesoros, desamparó lo ganado á tiempo que los Panches rompieron por las fronteras de Zippacón y Thema, y el que gobernaba en Guatavita por las de Chia y Caxicá, y le hicieron dividir su gente en dos campos. La guerra continuó por mas de diez y seis años, hasta que retraidos los Panches con algunos malos sucesos, tuvo lugar Saguanmachica de poner en ejecucion su plan primero. Juntando ambos ejércitos y fuyendo torcer el camino contra los Panches, los condujo aceleradamente al territorio de Soppó, donde reuniendo sus tropas á las de aquel Cacique y otros enemigos de Michua, tomó la vuelta de Tunja por tierras del de Guatavita, que atemorizado de la guerra pasada no se atrevió á hacerle oposicion.

Adelantábase Saguanmachica con cincuenta mil hombres, cuando Michua resolvió salir á

recibirlo en las fronteras de su Reino con sesenta mil. Penetró el Zipa por las tierras del de Guatavita hasta dar vista al Chocontá, casi al mismo tiempo que el ejército de Michua refrescado en aquella populosa ciudad salia de ella dejándola á sus espaldas para resguardo de sus tropas. A breve tiempo empezó la batalla que duró tres horas, muriendo en ella uno y otro príncipe. Aunque la victoria quedó por los de Bogotá, volvieron á su reino, dando lugar á que los de Tunja con el cuerpo de Michua hiciesen patente su desgracia á Quimuinchatecha, jóven de diez y ocho años que le sucedió en el reino.

CAPITULO V.

Zippa Nemequene. Castigo de la rebelion de Fusagasugá. Sujecion de los caciques de Zipaquirá y Nemza.

MUERTO Saguanmachica, pasó el reino al Zipa Nemequene, que quiere decir *hueso de leon*. Heredó este todo lo que entonces comprendian las tierras llanas y dehesas, desde las montañas frontera de los Panches, hasta la cordillera que corre sobre Santa Fe, y desde Caxicá y Chinga, de norte á sur, hasta Usme y Sibaté, sin lo conquistado por su antecesor á la otra parte de la montaña hasta confinar con los Sutagaos. Los principios de su reinado serian, segun la opinion de los que dan veinte años al de Saguanmachica, hácia el de mil cuatrocientos noventa á poca diferencia.

Consultados los Uzaques, que eran los mas

nobles del Reino, se resolvió á disciplinar su gente en las fronteras de los Panches con la defensa , y á recuperar lo propio antes de ocupar lo ageno. Tenia por sobrino y heredero á Thisquesuzha. Sacóle de Chia donde tenia su asistencia, y le nombró general de cuarenta mil hombres, para reducir el pais de Fusagasugá. Proveyó las fronteras de nueva milicia, é hizo diferentes levas para mostrarse poderoso.

El sobrino pasó la montaña vecina por la cumbre de la sierra que corre por Subyá y Thibacuy, ancho como se reconocia en tiempos posteriores, por ser muy fragosas las entradas del camino real para Fusagasugá, y haber de necesitar en él que sus fuerzas marchasen desordenadas. Esta provincia, que venia á ser la misma que la de los Sutagaos, dista de la ciudad de santa Fe doce leguas al mediodía; y dividen la de Bogotá unas sierras altas de cuatro y cinco leguas de montaña. Al oriente tenia recios páramos, y al occidente confinaba con los Panches, mediando una sierra menos alta que la primera. Era lo mas de ella tierra doblada y fragosa; y dentro de sus términos, que corrian hasta Sumapaz, se gozaba de los temples frio, templado y caliente. Ten-

dria de longitud como diez y ocho leguas, y de latitud por algunas partes de cuatro á cinco.

No tenia inferior ejército el Cacique de Fusagasugá, y le ayudaba la fragosidad de los sitios en que se habia fortificado; pero volviolas á los primeros encuentros, y lo pagaron con la vida los que habian metido mas ruido en la rebellion. No pocos de los vencidos perecieron en sacrificios por la victoria. Púsoles Thisquesuzhá en Tibacuy guarnicion bastante de Guechas, que eran los mas escogidos infantiles de su milicia pagada, y tomó la vuelta de Pazca cargado de ricos despojos. Al mismo tiempo ejercitaba su gente Nemequené en asaltos y encuentros con los Panches, y siempre con buenos sucesos. Eran los Indios de aquellos paises frios de natural pacífico, y mas inclinados al comercio que á la guerra. Parecióle al Zippaquirá que con la ayuda de los Nemzas tenia ocasion de meter al Zippa la guerra dentro su misma casa, mientras tenia divertidas las armas con los Fusagasugáes y Panches. Esta provincia del Zippaquirá distaba de Sta. Fe diez ó doce leguas al septentrion. No era muy dilatada, pero de tierras llanas y fértiles, y abundan-

te por esto de gente y poblaciones, y muy rica por estar en ella las mejores salinas del pais, la una en Zippaquirá y la otra en Nemocon. Era frontera de Bogotá, y así entró por los confines de Caxicá sin atencion á la paz que poco antes tenia convenida.

Al llegar al Zippa la noticia, sacó de las fronteras de los Panches los mejores soldados, y juntando con los que tenia consigo hasta diez y seis mil, se puso en marcha. Diéronse vista los ejércitos entre Chia y Caxicá. Resonaron los caracoles y fotutos, cubrieron los aires de tiraderas, y mezclados los tercios pasaron al uso de las macanas; pero venció como siempre el Zippa, poniendo á sus pies todos los estados de su enemigo: y dejando gente en ellos, volvió triunfante á Bogotá á tiempo que Tisqueuzha entraba victorioso de los rebeldes.

CAPITULO VI.

Asalta el Zippa la corte del de Guatavita. Se declara contra el de Ubaque, y le sujeta.

ERAN los Guatavitas la mayor parte plateros de oro, y reputados en esto por los mas sutiles; y como todos los Indios estaban inclinados á ídolos, á quienes hacian ofrenda de muchas figuras de aquel metal, y por otra parte apetecian joyas para el arreo de sus personas, andaban muchos de aquella nacion por todas las provincias ocupados en labrarlas y adquirir causal para el sustento de sus familias. Reconociendo pues el Cacique de Guatavita de quanto perjuicio le era la salida de sus súbditos, mandó bajo graves penas que volviesen todos á sus Estados; y que si algun señor extranjero necesitase de alguno de aquellos artífices, diese dos súbditos suyos que le asistiesen en su Corte todo el tiempo que el platero estuviese ocu-

pado fuera del país. Tuvo luego noticia de ello el Zippa, y los pidió en muchas ocasiones con disimulo, dando en cambio dos de los mas valerosos de sus súbditos, y previniéndoles secretamente para la ocasion que les haria notoria.

Hallábase así el de Guatavita, á mas del aumento de armas y tributos, con la vanagloria de que los mayores príncipes le daban obediencia, pues le servian mas de tres mil forasteros, casi todos súbditos del Zippa.

Conocia empero este el inconveniente de que hubiese de pasar su gente secretamente por Guazca, lugar distante de Guatavita una legua y de Bogotá doce, y de que el señor ó cacique fuese súbdito del de Guatavita, poderoso en gente y riquezas, y de quien fiaba la seguridad de su Estado.

La provincia de Guatavita era de las mas fértiles y ricas del país, y la mas aventajada en gente y en poblaciones. Dilatábase hasta las fronteras de Turmequé, y su príncipe ó cacique señoreaba por la una y otra parte todas las tierras que ocupaban los Quecas y Tocancippáes, incluyendo las ciudades famosas de Suezca y Chocontá, divididas unas de otras por

algunas colinas y montes limpios, y las que habitaban los Gachetúes confinantes con los Teguas de los Llanos, y separados de Guatavita por una montaña. En esta parte tenia sus salinas, y en el corazon de la provincia estaba la laguna mas venerada de su gentilidad.

Valióse de consiguiente el Zippa de confidentes del Cacique de Guazca, y fueron tantas las promesas y dádivas, que vino en darle paso libre por sus tierras, y aun le acompañó en el asalto que se dió á su príncipe.

Pasó pues el Zippa su gente en lo secreto de una noche, y dada señal con fuegos á los suyos que tenia en Guatavita, sitió el cercado de su Príncipe y le asaltó por diferentes partes, mientras que aquellos hicieron mas lamentable el estrago, ejecutándolo en los mas principales de la Corte. Hallaron algunos su seguridad en la fuga; pero el señor de Guatavita, á manos de sus huéspedes, rindió la vida. Todos sus Estados reconocieron á su mayor enemigo por soberano señor. Puso guarniciones de los mejores soldados, aseguró las plazas con promesas y dádivas, y nombró gobernador de todo lo conquistado á un hermano suyo. Así acabó el dominio del señor de Guatavita, príncipe

independiente, pero no el mayor de aquel país; como creyó Juan Rodríguez Freyle en su obra que intituló *Del Carnero*. Ni tampoco fue, como dice el Zippa, vasallo rebelde de aquel Cacique, puesto que traen lo contrario Castellanos autor antiguo y de crédito, Herrera en sus *Décadas* quinta y sexta, Quesada y la tradición comun.

Aprovechando Nemequene la fama de sus victorias, volvió sus armas contra el de Ubaque, desamparado ya de sus auxiliares. Dividia esta provincia de la de Bogotá una cordillera limpia de montaña, aunque de ásperos y pedregosos caminos. Yacia á las espaldas de Sta. Fe declinando al mediodía. No era muy dilatada, pero sí abundante de grandes poblaciones, todas fuertes por la naturaleza de los sitios, respecto de no tener llanos. Estaba muy fértil, principalmente de trigo. Báñanla el rio Negro y muchos arroyos, todos rápidos en su curso.

Se entraba á esta provincia con dificultad por muy pocas sendas. Por dos de ellas, que fueron la de Chiguachí y la llamada del Portachuelo, encaminó el Zippa su ejército en dos divisiones; y prevenido el Ubaque, sacó lo mas presto que pudo sus gentes á las fronteras. Balanceó muchas veces la fortuna en los encuen-

tros. Los Ubaques, acostumbrados á pisar aquellas asperezas y guerrear en ellas, hacian contrapeso á los de Bogotá, criados en tierras llanas y mas crecidos en número. Eranle muy fáciles al Zippa nuevos socorros para reparar la gente que perdía; pero no al Ubaque si otro cacique no le ayudaba; lo que tampoco era fácil por la distancia en que se hallaban ya los mas interesados en hacerlo. Seis ó siete meses ó lunas, segun su modo de contar, resistieron los Ubaques á costa de mucha sangre de ambas partes. Pero siendo tanta la pujanza de sus enemigos, el Ubaque pidió treguas, despachó embajadores, admitió terceros, y por último convino en su rendimiento con pocas condiciones. Las mas principales fueron: que reconoceria sujecion y vasallaje al Zippa como á príncipe soberano suyo y de los demas caciques de su Estado; que á voluntad del Zippa se pusiesen tropas de guarda en todo él, las cuales visitase cuando fuese su voluntad; que admitiese por mugeres dos hijas doncellas que tenia el Ubaque, pareciéndole que el tenerlo por yerno haria mas tolerable la sujecion. Admitidas las condiciones por el Zippa, recibió por muger la hija mayor del Ubaque, y la otra casó

con el hermano. Puso guarniciones en los puestos mas necesarios para seguridad de la provincia; y cargado de triunfos y despojos, dió vuelta á su Reino, donde fue recibido de su corte con bailes y cantos en que representaban sus hechos memorables, y con todo el aparato de un majestuoso recibimiento.

CAPITULO VII.

Sujeta el Zippa el pais de Ebaté. Nombra en él al hermano por su lugarteniente, á quien mata el señor de Ubaque.

EN cuanto á los espacios de tiempo que se interpusieron en las conquistas y guerras del zippa Nemequene, poca razon dan los indios mas ancianos; pero su reinado duró veinte y cuatro años en Bogotá.

Sujetos los paises de Ubaque y Guatavita, dirigió este Zippa sus designios contra los de Ebaté y Simijaca, que habian incitado contra él al de Zippaquirá. Estendíase ya el imperio del Zippa hasta los confines del pais de estos caciques, distante de Bogotá casi veinte leguas. Era lo mas de ella tierra llana, en que mediaba solamente el pueblo de Fuquene, situado en una colina entre las grandes poblaciones de Ebaté y Susa. Ceñíanla por una parte páramos fuer-

tes y ásperos montes que la dividian de los Muzos , y por la otra la gran laguna de Fuquene que la resguardaba de las invasiones del Cacique de Tinjacá y otros señores comprendidos en la provincias llamadas despues de Tunja. Su longitud seria de mas de cuarenta millas italianas, y su latitud angosta é incierta por el retorcido giro de los elevados montes del páramo á cuyas faldas se estendia. Era abundante de todas semillas y ganados menores por su buen temperamento, y Susa muy celebrada por sus minas de piedras blancas, de mucha estimacion por ser mas duras que los cristales, de otras llamadas girasoles por sus visos á manera de arco iris, y de lo que llamaban gallinazas de aquel mismo color que se introduce en los cristales que se benefician manteniéndolos en el fuego.

Por la parte que esta provincia del Ebaté confinaba con el reino del Zippa corre una sierra dilatada que forma un puerto llamado el *Boqueron de Thauza*, de la poblacion que tenia á la entrada, donde habia una famosa salina sujeta al señor de Ebaté. Esta era la parte única por donde con menos riesgo habia de entrar el ejército del Zippa, y cargar en la mu-

chedumbre de sus habitantes sujetos á tres caciques de igual autoridad, el de Ebaté, el de Susa y el de Simijaca.

Marchaba Nemequene cercano á Thauza, cuando se presentó á la defensa del Boqueron el señor de Ebaté con todo el resto de sus súbditos, mas pacíficos que guerreros. Muchas veces se vieron rechazadas las tropas del Zippa por la obstinacion decidida de los de Ebaté; y otras muchas recobraron el terreno. Nemequene al ver una resistencia á que no estaba acostumbrado, resuelve la guerra á sangre y fuego, y señala dia para avanzar con todas sus fuerzas. Entonces fue cuando sus contrarios, aunque no convinieron en las propuestas que les hizo, abandonaron á los primeros encuentros el sitio inespugnable del Boqueron. Con tan feliz suceso entró el Zippa sin embarazo con todo su ejército por aquella provincia, y vióse dueño de la grande poblacion de Ebaté ó Ubaté, como se llamó posteriormente; á donde concurrían las riquezas de todo el pais, y de un crecido número de habitantes. Pasó luego á Susa, vencida alguna oposicion que su Cacique le hizo en Fuquene, al cual acompañó despues en la esclavitud el de Simijaca; y puso

por término de su imperio á Saboyá frontera de los Muzos. Rico de despojos con el saqueo de Ebaté, así de telas de algodón como de joyas preciosas, repartida guarnicion en los sitios mas fuertes, y agregada la provincia á Guatavita, en donde su hermano gobernaba como lugarteniente general, regresó á su Corte, mientras el tiempo le abria camino para la conquista de Tunja.

Hacia su hermano diligente inquisicion de los caudales que tenian los nuevos súbditos, especialmente aquellos que tenian antes fama de poderosos. No faltaba quien le diese noticia de muchos bienes ocultos, y del rico tesoro que el Cacique ó señor de Ubaque tenia retirado en el fuerte del Peñon situado en el centro de un profundo lago, á que se retiró cuando los de Bogotá invadieron su pais. Despachó pues un correo al Cacique de Chiguachí, que estaba sujeto al de Ubaque, diciéndole que tenia orden de pasar secretamente por sus tierras con gente armada para visitar las guarniciones puestas por el Zippa. Y dándole paso libre el Cacique en lo mas oscuro de una noche, le condujeron los guias al Peñon, que hallaron guarnecido de alguna gente que el de Ubaque

tenia en él para guarda de sus tesoros; pero su llegada y el asalto fueron tan repentinos, que muertas las mas de las guardas, desampararon el fuerte las pocas que se libraron del cuchillo. Pidió socorro el Ubaque, para recobrar el tesoro; al Capitan del presidio que allí tenia el Zippa, ácusando lo injusto del robo; mas discurrendo el Capitan que el hermano de su rey tendria órden superior, se abstuvo de acudir á los unos ni á los otros. El Ubaque reunió entonces los mas que pudo de sus súbditos, y caminando apresuradamente, puso sitio al Peñon por todas partes. Cinco dias se peleó con valor y obstinacion; pero viendo el Gobernador que le faltaban víveres, y que cada dia se aumentaba mas la gente á su contrario, mandó arrojar al lago el oro que habia cogido, y salió con la poca gente que le quedaba: pero como las fuerzas de su enemigo eran tantas, rindió la vida con los mas señalados de los suyos.

Victorioso el Ubáque, aunque sin esperanzas de ver mas el tesoro que despues ha causado la ruina de tantos investigadores, y temeroso al mismo tiempo, manifestó al Zippa que favorecido de sus dioses habia acontecido que en guerra defensiva el hermano de este per-

diese la vida, cuando intentaba derramar la sangre de quien no le había ofendido. Juntó á la embajada un rico presente de joyas y pre-seas de valor, por ser costumbre antiquísima entre los Mozcas que ninguno hubiese de pa-recer ante rey, cacique ó superior ó de igual á igual siendo forastero, sin algun presente que darle antes de manifestar su pretension.

Llegados los embajadores al cercado de Bogotá, palacio de los Zippas, y alcanzada licencia, parecieron ante Nemequene, y vueltas las espaldas, bajos y doblados los cuerpos con su-mision profunda, cortesía con que trataban aquellas naciones á sus dioses y personas de autoridad, por tener á desacato que un súbdito hablase cara á cara á su señor, le dieron la embajada. Estuvo el Zippa muy atento; y sin que se le reconociese alteracion en el semblante, les mandó que volviesen á su gefe con el presente, diciéndole que fuese luego á dar personalmente los descargos de la muerte de su hermano. Se puso pues en camino con otro nuevo presente, que se componia de veinte doncellas bien vestidas y arreadas de joyas, cien cargas de la mas fina ropa de algodón, muchas y muy buenas esmeraldas, varias figuras de

animales de oro y plata, y otras preseas de las mas estimadas de aquel pais; y con grande acompañamiento de sus súbditos entró en Bogotá como reo el que pocos años antes era temido como igual. Hecha la reverencia al Zippa y ofrecido el presente; no quiso tomar esta cosa alguna, sino solo por ceremonia una manta de algodón, dando por razon que de los acusados no se debian recibir dones, porque son el peso con que se dobla la vara de la justicia. Y vistos los descargos del Ubaque y la culpa de su hermano, despues de seis ó siete meses de detencion le dió por libre, restituyéndole en sus estados. Agradecido el reo, instó segunda vez con el presente; pero el Zippa le respondió que no lo habia recibido antes de sentenciarle por lo que le habia dicho, y que no lo recibia despues para que no se dijese que habia tenido esta mira al dar la sentencia.

CAPITULO VIII.

Leyes del Zippa. Prevenciones para la guerra de Tunja.

Hizo el Zippa muchas leyes, y estampólas de tal modo en la memoria de sus súbditos, que hasta despues de la conquista de los Españoles guardaban algunas, aunque estando sujetos á las de estos, se iban desvaneciendo con el tiempo. Referian los naturales las siguientes:

«Que si alguna persona matase á otra, pagase con la vida, aunque le perdonase la muger, padre ó parientes del muerto; porque la vida solo Dios la daba, y los hombres no tenian autoridad para perdonarla á quien debia la suya por la que habia quitado.

«Dispuso varias penas para los delitos de lujuria, como el ser metidos los delincuentes en un hoyo estrecho lleno de agua y acompañado de sabandijas, cubierto con una grande losa, donde pudiesen miserablemente, y quedasen

sepultados los nombres y memorias de sujetos tan malos; el sufrir la pena de muerte con ásperos tormentos; y otras, dejando en parte abierta la puerta para que los Zippas que le sucediesen pudiesen estender el castigo con otras penas.

«Que si muriese de parto alguna muger casada, perdiese el marido la mitad de su hacienda, y se aplicase al suegro ó suegra, ó á los hermanos ó parientes que fuesen en el afecto padres de la difunta; pero que si la criatura quedase viva, solamente la criasen á costa del padre.

«Que al ladron lo cegasen con fuego puesto delante de los ojos, y si los hurtos fuesen de gravedad ó repetidos, se los quebrasen con puntas de espinas; pues habiendo de ser las penas medicinales, por estos medios se castigaba lo presente y remediaba lo futuro sin quitarle la vida al reo.

«Que ningun señor ó cacique, por grande que fuese, subiese en andas que llevasen sus criados en hombros, sino solamente el Zippa ó la persona que él privilegiase, en caso que fuesen tales sus servicios y linaje que lo mereciese, para que con su observancia conociesen

todos la soberanía del que naciese rey, y la diferencia del que sirviese mejor.

«Limitó los vestidos y joyas en la gente común, para formar gerarquías entre sus súbditos; y á los uzaques, que eran como unos grandes del Reino, les concedió privilegio para adornarse las orejas y narices, y llevar pendientes de ellas las joyas que quisiesen.

«Aplicó para su fisco las haciendas de los que muriesen sin herederos legítimos; si bien, fuera de los sobrinos, hermanos é hijos, no se ha podido averiguar entre los mismos Indios si heredaban otros.

«Que al que mostrase cobardía cuando lo llamasen para la guerra ó cuando estuviese en ella, lo despojasen de las vestiduras de hombre y se las pusiesen de muger, ocupándolo en los ministerios propios de este sexo por el tiempo que al Zippa le pareciese.

«Que al que huyese de la batalla antes de hacerlo su caudillo, le quitasen luego la vida con muerte afrentosa; porque de imitar en todo las acciones de los gefes, resultan de ordinario las victorias cumplidas, ó las pérdidas menos sensibles. Y establecidas otras penas ligeras para delitos leves, como son romper la

manta ó cortar el pelo, dispuso que para la indispensable observancia de todas las que van dichas, fuese presidente de su Consejo ó Tribunal supremo, con sucesion de uno en otro, el cacique de Subá, de cuya sentencia en justicia no se pudiese ápelar.»

Obedecidas estas leyes por sus súbditos, y siendo el Príncipe de Tunja el enemigo mas grande que tenia que vencer, convocó á todos los caciques de su Reino, los cuales, habiendo dado señales de su pronta obediencia, se volvieron á sus paises, eligieron los soldados mas experimentados, y añadiendo á las armas de que usaban picas y hondas y lo necesario para el sustento, salieron de sus territorios, y á los treinta dias señalados se hallaron en los floridos y dilatados campos de Bogotá, donde las naciones y parcialidades ocuparon sitios separados, diferenciándose para ser conocidas con insignias de varios colores, pabellones y tiendas de algodón en que alojaban los gefes y demas oficiales. Estando ya ordenadas las fuerzas, se presentó en medio de ellos el Zippa en unas andas de oro y esmeraldas, acompañado de los uzaques y ministros de su Corte, y se hallaron sesenta mil hombres.

Dióse despues principio á los horribles sacrificios dispuestos para aquella ocasion por mano de los jeques, á quienes pertenecia ejecutar las víctimas de sangre humana. Fueron estas muy crecidas, y el espectáculo el mas lastimoso que representó la gentilidad en aquellos campos y templo de sus ídolos tantas veces manchados con sangre. Concluidas las ceremonias, y habiendo dicho el jeque á Nemequene que prosiguiese la empresa, que seria afortunado, segun lo tenia entendido del oráculo; mandó que sin dilacion alguna marchase el ejército á Tunja, conduciendo los cargueros en sus hombros el bagaje y demas pertrechos de guerra.

CAPITULO IX.

Sitios y estado de las provincias de Tunja y Sogamoso. Liga de sus príncipes contra Nemequene.

TENIA el Gefe de Tunja su Corte distante poco mas de veinte y cinco leguas de Bogotá, á 5° y 25" al norte de la equinoccial, que venia á ser el sitio donde despues se fundó la ciudad de Tunja. Su valle de norte á sur, de poco trecho y menos anchura, estaba falto de agua y leña, y á causa de la elevacion de la tierra muy frio y seco. Por sus aires sutiles y nocivos, principalmente el mas continuo llamado *de Carare*, se padecian en él pasmos y desecacion del cerebro, resultando estar muy sujetos á perder el juicio sus habitantes. Pero era este valle el centro de los estados de Tunja. Cíñenlo dos colinas rasas : una al oriente, donde habitaban los Chibatáes, Soracáes y otras naciones

que se estendian hasta la cordillera que divide los Llanos de S. Juan, de lo que se denominó despues Nuevo-Reino; y la otra á occidente, llamada la loma de los Ahorcados, ó Cuesta de la Laguna, por tener un valle á las espaldas de tierras llanas y fértiles de carne y semillas, con un grande lago en que estaban las naciones de los Tibaquiráes, Soras, Cucaytas, Sasas, Furaquiras y otras confinantes por la misma direccion con las tierras de los Caciques de Sachicá y de Tinjacá, señores libres de la provincia en que despues se cõgia el mejor trigo y aceitunas, y estaba fundáda la villa de Leyva. Al sur de las dos colinas, cinco léguas distante, tenía su estado el Cacique de Turmequé, señor poderoso y sujeto al Tunja, y de quien mas confiaba por tener á su cargo la plaza de armas y frontera de los de Bogotá; y aunque todas aquellas tierras son ásperas y dobladas, por ser tan fértiles las ocupaban muchas naciones, como eran los Boyacáes, Icabucos, Tibanáes, Tenzas y Garagoas; y al norte era señor de los Motabitas, Sotayráes, Tutas y otros muchos hasta confinar con el de Tundama absoluto y poderoso.

A estos términos se reducian los estados de

Tunja al tiempo que reinaba Quimuinchatecha, aunque en la entrada de los Españoles los suponian tan dilatados algunos indios en la primera fundacion del Reino, que decian haber tenido mando absoluto sobre todas las tierras que habitaba la nacion de los Mozcas. Pero los naturales de aquel pais eran vanidosos, y tantas las fábulas que referian de su grandeza y de la de sus primeros reyes, que desacreditaban la parte verdadera de sus relaciones. Convenian empero todos los indios Mozcas en que habia sido antiquísimo el señorío del Tunja, á lo que añadian los Tunjanos haber tenido principio con la autoridad suprema de uno de los mas antiguos pontífices de Iraca. Decian que viendo este que todos los caciques de los Mozcas entre quienes se hallaban repartidas las tierras, estaban en guerras unos con otros, lo que no podia remediar con armas por estarle prohibidas como á persona dedicada solamente á la religion, en conformidad de la potestad que á sus antecesores dejó Idacanzas, ó sea el Bochica, les aconsejó que eligiesen un Rey supremo que los gobernase, para lo cual concurrieron ante él todos los señores, y resignados en su eleccion, les dió por Rey á uno de

los presentes el mas bien quisto y apacible, que fue Hunzahúa, de quien se derivó el nombre de Hunza ó Tunja, y á quien llamaron desde entonces Zaque, que quiere decir lo mismo que Zippa entre los de Bogotá, nombres de que usaron despues otros caciques, anteponiéndolos unas veces como en Zaquenzippá, y poniéndolos otras como en Lenguazaque entre los Tunjanos, y Zippaquirá y Gachenzippá entre los de Bogotá.

De este Hunzahúa aseguraban que habia dominado todos los territorios de los Mozcas desde Chinmocha á los Sutagaos, y desde las vertientes de los Llanos de S. Juan hasta las fronteras de los Panches y Muzos con toda la tierra de Velez, gobernándolo en paz y justicia; pero añadian que habia vivido doscientos y cincuenta años, y que de él habian procedido todos los reyes de Tunja, y que lo eran verdaderamente como hechos por la autoridad del sumo intérprete de su religion y con consentimiento de todos los pueblos: lo que no tuvieron los Zippas de Bogotá, pues aunque sus provincias eran de mayor grandeza y estimacion, habian sido tiranos todos los príncipes que las dominaron despues. Es muy verosímil

lo mas de esta tradicion de los antiguos; pues hablándose en tiempos posteriores dentro de todos los términos que dan al reino de Hunzahúa generalmente la lengua chibcha con poca diferencia, y profesándose una misma religion, es muy consiguiente que en todos ellos hubiese reinado en algun tiempo un príncipe solo.

Es tambien cierto, como convenian en ello los Tunjanos y los de Bogotá, que la fundacion del señorío de Tunja fue antiquísima; lo cual ninguna de las dos naciones confesaba del reino de los Zippas.

Sentada así por los Tunjanos la antigüedad del tronco de los Hunzaques, no sabian dar razon de quienes fueron los primeros sucesores de Hunzahúa, sino solamente que habia seguido el Reino de uno á otro hasta llegar al Zaque Thomagata, de quien referian mayores ficciones que de otro alguno, tales como decir que fue tan religioso, que despues de Idacanzas no se habia visto otro hombre criado semejante á él en toda la redondez de la tierra, pues como tal tenia una dilatada cola á la manera de tigre y leon que le arrastraba por el suelo, por cuya causa le llamaban hasta tiempos posteriores el Cacique rabon, y que

caminaba en romería de Tunja á Sogamoso, que hay ocho leguas, yendo y volviendo diez veces cada noche á rezar en sus ermitas y templos, y para señal de su majestad suprema tenia cuatro orejas y un ojo sôlamente, porque era tuerto del otro; que era tan justo, que á quien lo enojaba, le convertia en culebra, lagarto ú otro animal que le parecia; que habia alcanzado de Idacanzas y del Sol para sí y sus herederos de aquel reino de Tunja, que tuviesen la misma potestad de convertir los hombres en bestias, y si algunos no lo hicieron fue de pura cortesía; que nunca fue casado, porque habiéndose inclinado en su mocedad al matrimonio, y queriéndolo efectuar, desagradó al Sol semejante pretension, empeñado en que le sucediese en el reino su hermano Tutazúa; que se interpreta *hijo del Sol*; que despues de ciento y tantos años murió. Dejando el Reino á Tutazúa, y de este hermano á sobrinos y de sobrinos á hermanos, que era la línea derecha de la sucesion, habian ido los reyes de Tunja nominando en todas las tierras de los Mozcas hasta sesenta ó setenta años antes de la entrada de los Españoles, en cuyo tiempo reinando Michúa se habia levantado el reino de los Zip-

pas, porque siendo cacique de Bogotá Saguanmachica esforzado y valiente, empezó á tener diferencias con el de Guatavita, de que resultó rebelarse á Michúa, y á su ejemplo otros caciques, y que el Reino quedase últimamente dividido con la muerte de ambos reyes en la batalla de Chocontá.

La grandeza que tenia en súbditos y muchas en riquezas Quimuinchatecha no era bastante para resistir á Nemequene si otros caciques no le daban socorros. Despachó pues embajadores á los de Gameza, Sogamoso, Duytama y Sachica, manifestándoles su peligro en caso que el Zippa le ganase el Reino ó parte de él, é instándoles que le ayudasen en la oposicion que resolvia hacer en los primeros acometimientos, impidiéndole la entrada por la parte de Turmequé. No se sabe empero que moviese á los demas caciques tanto como al de Sogamoso.

Yacia la provincia de Iraca, que mudó el nombre en Sogamoso, á ocho leguas á oriente de la ciudad de Tunja, casi toda de tierras llanas y de las mas fértiles de todas cuantas tenia despues el nuevo reino de Granada. Esta provincia estaba favorecida y dividida en dos par-

tes por el rio Sogamoso, cuyo origen se repartieron las ciudades de Tunja y de Toca, donde principiaba. Corre esta provincia por las faldas de la cordillera entre los Llanos y Nuevo-Reino con temple muy saludable, en que habia muchas y diferentes naciones ó tribus sujetas al que mandaba en Sogamoso. Toda la distancia á que alcanzaba su gobierno era la que llamaban *Tierra santa*, por haber muerto en ella, como decian, el Bochica, dejando por herederos de su potestad á los caciques que le sucediesen. Los Indios de aquella provincia decian que en los tiempos antiguos habia un cacique nombrado Idacanzas, ó sea *Luz grande de la tierra*; que tenia mucho conocimiento de las señales que demostraban mudanza en los tiempos, que reconocia unas veces por los planetas y signos, y otras por las nubes ó las aves ó por los animales de la tierra; que como los Indios esperimentasen la puntualidad de sus pronósticos, le empezaron á venerar en tanto grado, que de todo aquel pais llamado despues por los Españoles *Nuevo-Reino*, acudian á él con dones y presentes, consultándole como á oráculo las cosas mas graves, y pidiéndole lluvias ó serenidades, granizos ó

sequedad, segun les convenia, pareciéndoles que era el autor por cuya disposicion se gobernaban los efectos naturales, y en cuyo arbitrio estaba la salud y enfermedades de los hombres; y que á estos fines hacian de todas partes romerías á Sogamoso millares de indios para conseguir sus pretensiones, sin que las hostilidades de la guerra impidiesen el paso ó maltratasen á los que llevaban el salvo conducto de semejante peregrinacion. Por esta causa y el conocimiento que de Idacanzas tenian los Zippas, y de que por su mano se distribuian los buenos y malos tiempos, le daban cierto tributo en cada luna para tenerle grato, y le servian con muchos dones siempre que le consultaban por medio de sus embajadores.

Esta misma opinion que tenian todos de Idacanzas se fue continuando en los demas caciques que le sucedieron. De aquí es que cuando helaba ó habia escarcha tenian la costumbre de cubrirse con manta blanca para imitar los hielos, y retirarse de la comunicacion con los demas, poniéndose melancólicos y tristes, y dando muestras de ser ellos la causa de aquella intemperie. De esta ceremonia habian usado aun despues de la predicacion continua

del Evangelio. Visitando el arzobispo Cárdenas aquella provincia, se averiguó que el Cacique se enojaba con sus súbditos por el poco respeto que le tenían, sabiendo que dependia de su voluntad afligirlos con pestes, viruelas, reumas y calenturas; y la producción de cuantas yerbas, legumbres y plantas necesitaban.

A esta dignidad de cacique, que mas bien debió llamarse de supremo agorero y cabeza de los jeques, no se sucedia por herencia, sino por eleccion de cuatro caciques, que eran los de Gameza, Busbanza, Pezca y Toca, y en caso de discordia se valian del de Tundama; siendo además costumbre inmemorial que el electo fuese alternativamente de las naciones de Tobazá y Firabitoba.

Añadian que en cierta vacante en que tocaba el cacicazgo á los de Tobazá uno de Firabitoba con barba larga y roja, cosa pocas veces vista entre ellos, usurpó tiránicamente la dignidad con el favor que le dieron seis hermanos suyos todos valerosos y ejercitados en las armas; que sentidos los electores de la violencia del Bermejo, llamado así en su idioma, tanto por la infraccion de leyes tan fundamentales, como por haber ajusticiado públicamente al Elector

de Gameza por haberle faltado con su voto, convocaron sus gentes y entraron en batalla con el Bermejo, quien salió victorioso, hallándose obligados ellos á retirar su campo á sitios fuertes, desde donde ordenaron con penas capitales que ninguno de la provincia de Sogamoso obedeciese al Bermejo, pues les constaba ser tirano, y como á tal lo declaraban incapaz de la dignidad que usurpaba. Pudo tanto esta diligencia, que los Sogamosos de quienes se componia la mayor parte del ejército del Bermejo se pasaron al partido de los electores; con lo que sin dificultad le privaron en el primer encuentro del Estado y de la vida, aunque á costa de la de muchos de sus contrarios. Bien quisieron los electores hallar su cadáver para ponerlo en una escarpia en desquite de haberlo hecho él con el del elector de Gameza; pero los hermanos lo sacaron de lo mas peligroso de la batalla, y le dieron sepulcro en parte de que jamás tuvieron noticia.

Los electores colocaron entonces en la silla de Sogamoso á voluntad de todo el reino á uno de Tobazá llamado Nompanim, esto es *Vasija de leon*. A este le sucedió otro de Firabitoa que se nombraba Sugamuxi, que significa

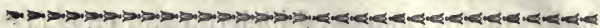
El encubierto, al cual hallaron gobernando los Españoles; y por corrupcion del nombre que tenia el Cacique, se cambió el de la provincia de Iraca en el de Sogamoso.

Atendidos los tiempos en que reinaron, parece haber sido Nompanim á quien pidió socorro el Cacique de Tunja en la ocasion de esta guerra que le movió el zippa Nemequene. Se lo dió pues de mas de doce mil hombres, conducidos por su persona á la ciudad de Tunja, donde se hallaba ya Quimuinchatecha con ejército de mas de cincuenta mil indios.

Sabiendo estos dos caciques que la vanguardia del ejército del Zippa mandada por Saquezazippa habia llegado á las tierras de Turmequé haciendo tantas ruinas y estragos, que sus moradores, por no hallarse con fuerzas bastantes para resistirle, abandonaban las ciudades y se retiraban al interior del Reino; determinaron salirle al encuentro.

Saquezazippa, experimentado en la guerra de los Panches, supo irse replegando hasta incorporarse en Chocontá con el grueso del ejército de Nemequene, sin detener la marcha que hacian los dos príncipes fiados en la multitud de sus gentes; de suerte, que á poca

distancia se descubrieron unos á otros los batidores de los campos, é hicieron alto en el arroyo que despues se llamó de las Bueñas.



CAPITULO X.



Batalla de las Bueltas y otra guerra.

A una y otra parte del arroyo se cubrían los llanos de hombres con penachos de varias plumas, medias lunas de oro y de plata para las cabezas, y ajorcas y brazaletes con las tintas de bija y jagua para los cuerpos, sin la multitud de divisas y banderillas para diferenciarse unas partidas ó divisiones de otras.

Antes de la batalla envió el Zippa un embajador al de Tunja haciéndole varias reflexiones y proponiéndole que le rindiese vasallaje como á soberano señor, á quien por lo esclarecido de su linaje le pertenecía serlo del mundo; empeñándole su palabra que si le prestaba obediencia, seria amparado con sus armas y tendria el primer voto en las consultas de su gobierno, pero que si lo menospreciaba no podria escapar de su ira. Dijo el de Tunja al Embajador que volviese á su campo, á donde

otro dia comunicaria su resolucion. Volvióse el Embajador; y habiendo pasado aquella noche en continuo desvelo los dos ejércitos, al amanecer se presentó delante del Zippa el embajador de Quimuinchatecha, que en su nombre respondió á Nemequene entre otras cosas, que en aquella batalla se habia de ver cual de los dos merecia ser señor soberano por su valor y prudencia; que los buenos sucesos los reparte el Sol, sin que haya poder que pueda darse por seguro de la inconstancia de la fortuna; que si por antiguo linaje se le debia el dominio del mundo, del suyo pudiera él alegar otro tanto; pero que si, como decia, le causaba pena la mortandad, hiciesen campo los dos cuerpo á cuerpo, y el que fuere vencido reconociese por dueño á su contrario. Arrebatado el Zippa de enojo hubiera querido luego salir al desafío; mas los Uzaques se lo disuadieron, inclinándole á que se diese la batalla. Poco antes del mediodía, hallándose pues los Tunjanos no menos deseosos de venir á las manos que los de Bogotá, despues de un corto razonamiento de sus príncipes empezaron á resonar los caracoles, pífanos y fotutos, y la gritería y confusion de voces de ambos ejérci-

tos que se llamaba por ellos guazabara y acostumbraban usar al romper una batalla. El primer ataque corrió á cargo de Saquezazippa con espantoso estrépito y efusion de sangre de aquella muchedumbre de bárbaros. Los pedreros de las dos alas de cada ejército causaron el primer estrago; y entre el restallar de las hondas y silbido de las saetas fuéronse mezclando los combatientes. El zippa Nemequene y el de Tunja, puestos en ricas audas sembradas de piedras y oro, iban animando á los suyos, cuando en medio de la confusion de aquella multitud desordenada y en la ocasion en que la última desgracia amenazaba al de Tunja, se halló herido el Zippa de una saeta que le atravesó el costado derecho. Siendo de natural intrépido, se sacó la saeta con sus manos; pero reconociendo la intensidad de la herida, terminó su presencia en el campo de batalla animando de nuevo á sus soldados y augurándoles en breve una cumplida victoria.

Son los Indios cobardes; pero si el que los manda es valeroso, en tanto que los anima, ninguna nacion es mas despreciadora de la vida. Así, apenas percibieron el riesgo del Zippa, ocupó á los primeros una turbacion grande

que se difundió luego por los demas hasta llegar la noticia al de Tunja, sin que bastase el valor de Saquezazippa para detenerlos. Sabe-dor de todo el de Tunja dió entonces repetidas cargas en los de Bogotá, que temerosos de mayor pérdida tomaron en hombros las andas en que estaba su Rey, y se salieron con él de la batalla. Con esto los Tunjanos les siguieron al alcance, aunque cuidadosamente, por ver que Saquezazipa con un trozo entero del ejér-cito se iba replegando hácia Chocontá, prime-ra ciudad de Bogotá, con muy poca pérdida de su gente en comparacion del considerable des-trozo de aquellos. Así se fueron recogiendo las tropas desbandadas, mientras que los que lle-vaban al Zippa, sin parar de noche ni de dia y mudando cargueros continuamente, llegaron á su palacio de Bogotá, á donde concurrieron luego los jeques, que eran los herbolarios y médicos mas famosos que tenian; mas ningun-a de las diligencias y remedios de su arte bas-tó para que al quinto dia dejase de pagar á la muerte su tributo, siendo mucho que reinase veinte y cuatro años quien se habia empeñado en tantos peligros.

La Corte y todos sus Reinos se cubrieron de

luto, celebrándolo con endechas y cantos en que referian sus mayores triunfos, poniéndose mantas coloradas, y tiñéndose los cuerpos y cabellos con bija, señales fúnebres de su pena en tales casos. El cuerpo se entregó á los jeques, á quienes únicamente pertenecian estos entierros, acompañándolos hasta las sepulturas que tenian fabricadas secretamente por sus manos en parte tan escondida, que ninguno sabia de ellas, aunque fuese el dueño para quien habian de servir. Se valian para ello de bosques y peñascos, y de lugares profundos que cubrian con agua encañada á este fin de otras partes. Hacian los jeques este sepulcro desde el medio dia que el zippa ó cacique entraba en la posesion del estado. Pusieron á Nemequene en el que le tenian dispuesto, con todas las ceremonias, ornato y compañía de criados y mugeres de costumbre, previniéndolos con bebidas en que mezclaron la fruta ó yerba que llamaban *de la borrachera*, para que con la privacion del conocimiento no sintiesen el bárbaro sacrificio de enterrarlos vivos.

Concluidas las exequias, y reconociendo Saquezazippa con el estado de los Uzaques que la sucesion legítima pertenecia á Thisquesuzha

cacique de Chia, que habia gobernado en ausencia de Nemequene su tio, lo aclamaron luego Zippa, y colocaron en su trono de Bogotá, precediendo los juramentos y condiciones que por estilo inmemorial observaban en tales actos.

No olvidado este de la muerte del tio ni de su ambicion, y con sus tropas casi enteras y no vencidas jamás, habiendo tomado consejo de sus gefes convocó á todos los señores del Reino, mientras Saquezazippa con treinta mil hombres recorria el territorio de Sutatenza perteneciente al reino del Tunja, donde en pocos dias oyeron con espanto el nombre del Zippa las naciones de los Machtetáes, Zúnubas y Tibiritas, sin parar hasta el Garagoa, mientras que el ruido de sus guazabaras resonaba en las esmeraldas del Somondoco, y su Cacique con los mas poderosos de la provincia contribuia para el gasto del ejército; todo lo que bastó para que aplacado el ánimo de Saquezazippa desamparase el pais llamado de otras empresas.

Se resolvió en la convocacion de Bogotá emprender de nuevo la conquista de Tunja con setenta mil hombres á cargo del mismo General; pero fue preciso que este acudiese primero

al castigo de la provincia de Ubaque, que alterada con la mudanza del Zippa, habia sacudido la sujecion, fiada en los movimientos que á su ejemplo harian otras provincias recién conquistadas, y en que no tendria Thisquesuzha las circunstancias de su antecesor; pero Zaquezazippa dejó luego disipados aquellos tumultos, y se presentó victorioso en Cajicá, plaza de armas de los de Bogotá para la guerra de Tunja.

Allí le esperaba el Zippa, que con un refuerzo de mas de cuarenta mil hombres de los caciques de su Reino, y con todo el bagaje necesario, dió principio á su marcha, mandada la vanguardia por el cacique de Guazca, que de rebelde al de Guatavita habia pasado á ser gefe de reputacion entre los de Bogotá, y ejecutado muchas hazañas en servicio de Nemequene; y la retaguardia por Quixinimpaba, pariente cercano del Zippa.

Quiminchatecha, aunque se hallaba falto de fuerzas con las guerras pasadas, á las que ya se inclinaba muy poco por darse todo su ánimo á la tiranía y mal tratamiento de sus súbditos, valióse de diferentes levadas de gente extranjera que consiguió de los territorios de Velez, don-

de á cualquier príncipe extraño se le permitian hacer por dinero; y habiéndolas incorporado á las propias, salió de su corte de Tunja para Turmequé.

Así estaba todo preparado para la guerra, cuando el de Sogamoso, arrepentido al parecer de haber dado auxilios al de Tunja en la batalla de las Bueltas, se interpuso tan á tiempo entre los dos príncipes, que con poco daño de los territorios de Icabuco y Tibaná, y mediante que el de Tunja diese una buena partida de oro al de Bogotá, ajustó treguas por veinte lunas, que forman casi dos años. Serenada con esto la tormenta, se retiraron los ejércitos á sus paises, menos veinte mil hombres de Bogotá, con los cuales Saquezazippa pasó aceleradamente á castigar cierta rebelion de los caciques de Ebaté y Susa, la que fue la última guerra que tuvo el Zippa antes de la llegada de los Españoles.

Aprovechando entonces la tregua, determinó ir con ostentosa comitiva á ver á Furatena, señora la mas poderosa y rica de las provincias confinantes por las esmeraldas mas finas de los veneros de Muzo. Y en este estado de

cosas algunas noticias de los indios de Velez anunciaron que se habian presentado los Españoles.

CAPITULO XI.

Fundacion de la ciudad de Santa Marta por Rodrigo Bastidas. Sucédele interinamente Palominó y otros, y despues Garcia de Lerma Guerra de los Taironas valle de Coto y otras. Expedicion de Alfinger con los alemanes.

DESCUBIERTA la América y continuadas algunas navegaciones á ella por los Españoles, eligieron dos puertos que sirviesen de escalas, á saber: el de Panamá, de donde salió Francisco Pizarro para la conquista del Perú, y el de Sta. Marta, que descubrió de paso Cristóbal Colon en el cuarto viaje, y despues Rodrigo Bastidas natural de Sevilla corriendo la costa de Tierra firme.

Vuelto Bastidas á Castilla, por asiento que hizo con el Gobierno en mil quinientos veinte y uno, se le dió en adelantamiento desde el cabo de la Vela hasta la boca del rio grande

de la Magdalena, con órden de que fundase una poblacion de cincuenta vecinos, y licencia para que de las islas de Jamáica, Puerto-Rico y la Española sacase la gente y ganados de que necesitase. El año de mil quinientos veinte y cinco tomó el puerto á veinte y nueve de julio, dia de Sta. Marta, cuyo nombre puso á la ciudad que dentro de pocos dias fundó en su costa en union con otros españoles.

Lo primero hizo paces con los caciques de Gaira y de Taganga que á sotavento y barlovento de dicha ciudad eran los mas inmediatos vecinos, y las guardaron despues, recibiendo la fe católica. Salió luego contra los Bondas, distantes cuatro leguas, en cuyo primer encuentro fueron desbaratados los indios, y cogida una buena presa de oro que los soldados pretendieron se les repartiese; y porque el Gobernador, de quien se hallaban mal contentos, quiso aplicarla para la paga del costo de la armada, se amotinó su teniente, y conjurado con otros le dió de puñaladas en su cama, dejándole por muerto. A las voces del herido acudió su maestre de campo Palomino á tiempo que volviendo los conjurados para acabarlo de matar, pudo impedirselo defendiendo la

puerta con un montante. Agradecido Bastidas, le entregó el baston de teniente general, mandando á los vecinos que le obedeciesen, y embarcándose murió en Cuba de las heridas.

Pocos dias despues dos de los conjurados remitidos por Palomino, fueron ajusticiados en la isla Española por sentencia de su Audiencia, la que despachó para el Gobierno interino de Sta. Marta á Pedro Badillo, que llevó por su teniente á Pedro de Heredia, á quienes no quiso admitir Palomino. Trató el teniente de matarle con la ayuda de un capitán, que fue ajusticiado; y entonces Heredia, vuelto á sus navíos, fue costeando hácia los ancones de Taganga y Concha, y Palomino por tierra con su gente para impedirle el desembarcó, hasta que Badillo no hallando otro remedio, eligió el de que gobernasen juntos la provincia, y tratasen de pacificarla, que se consiguió en el año veinte y siete.

Dispusieron pues entrar de compañía hácia las tierras de la Ramada, en cuya entrada se adelantaron Badillo y Heredia, y siguiéndolos Palomino en tiempo de lluvias se ahogó al desgazar el rio que baja de la sierra Nevada, llamado despues de Palomino. Este suceso dió

lugar á que Badillo pasase con la gente á las sábanas de Orino pobladas de Guagiros, donde se repartió á gusto el oro que se habia apresado en la jornada; y de allí se fue entrando por el gran valle de Upar, donde despues de algunos encuentros, los indios de Sezare obligaron á Heredia, aunque vencedor, á que diese vuelta á Sta. Marta.

Informado Cárlos V, hácia mil quinientos veinte y ocho declaró, á instancia de un Procurador general de Sta. Marta, haber pertenecido el gobierno interino de aquella provincia al teniente nombrado por Bastidas, y eligió en propiedad á García de Lerma su gentil-hombre de boca y natural de Búrgos, con todos los sueldos y preeminencias que se estilaban dar á los que iban á semejantes gobiernos, y órden para proceder contra los que mataron á su antecesor, y castigar el fraude que se entendió haber pasado en los quintos Reales. Prohibióse tambien que de la isla Española se fuese á rescatar á la provincia de Sta. Marta, para atajar la venta de los Indios.

En el mismo año los Belzares, de nacion alemanes, capitularon el descubrimiento y conquista desde el cabo de la Vela hasta el de Ma-

racapana con sus islas, esceptuando las comprendidas en la capitulacion hecha con Juan de Ampuez. Así tuvieron ocasion de convenirse con García de Lerma en que como confinantes se auxiliasen ; en cuya conformidad fuese por capitan de sus tres navíos alemanes que tenían dispuestos , y hallando pacífica la ciudad de Sta. Marta, sacase solamente de ellos cincuenta hombres, que quedasen en la ciudad, y los demas pasasen á la provincia de Venezuela, con calidad de que si para pacificar esta lo llamasen, fuese en persona, y escusándose, quedase á eleccion de los alemanes nombrar Gobernador para su distrito. Todo lo cual fue confirmado por el Emperador, como tambien el que para el crecimiento de la ciudad de Sta. Marta, ajustase García de Lerma con Sebastian Bello de Herrera portugués, que llevaria cincuenta hombres de su nacion, los veinte y cinco casados, y los demas inteligentes en diferentes artes mecánicas, y en el cultivo de las semillas que se habian de llevar de estos Reinos.

Prevenido en esta forma el nuevo Gobernador, y llevando en su compañía á muchos seculares, y por protectores de Indios á Fr. Tomas Ortiz para la provincia de Sta. Marta, y á Fr.

Antonio de Montesinos para la de Venezuela , ambos del orden de Precipadores, con otros del mismo Orden y del de S. Francisco y con asignacion á los dos protectores de los frutos decimales para que los distribuyesen á su voluntad en obras pias en el ínterin que se proveia de prelado, arribó á la isla Española, y de allí despachó á un factor contra el gobernador Badillo sobre la ocultacion de los quintos de oro. En cuya comision procedió tan rigurosamente que le dió tormento para la averiguacion , hasta que llegado García de Lerma le remitió preso á España, en cuyo viaje murió.

García de Lerma pasó luego á Bonda que estaba de paz, y de allí por el valle de Buritaca entró en demanda de minas de oro, con que le acudieron muchos indios : tanta era la sujecion en que los habia dejado Palomino. Y atravesando grandes poblaciones y asperísimas sierras, pudo llegar á Posigueica ciudad famosa de los Taironas, y de allí bajar al valle de Coto, y volver libre á Sta. Marta, ocupando en ello parte del año mil quinientos veinte y nueve.

Trató despues con el parecer de algunos de los mas prácticos en la provincia, de hacer la

reparticion de las encomiendas ; pero las quejas de los agravios obligaron á que de órden del Emperador se hiciese otra.

Mientras se trataba de lo perteneciente al gobierno político , dispuso García de Lerma que su Teniente general entrase con otros en el pais de los indios de la Ramada que tenian fama de los mas poderosos en riqueza, si bien el suceso salió muy contrario. Y para remedio del poco fruto con que dieron la vuelta, resolvió nueva salida contra el valle de Tairona á cargo de varios, que con detencion de cuarenta dias en la empresa, volvieron á Sta. Marta con sesenta mil castellanos de oro, sin lo que se dijo haber ocultado, por ser aquel valle el centro á donde ocurría todo el de la provincia á la fundicion y platería de joyas que en él estaba. Este valle dió nombre á la nacion de los Taironas , muy celebrada por su valentía; y de él se fueron estendiendo en su antigüedad por todas las sierras de Sta. Marta, desde la Nevada asiento de los cobardes Aruacos, hasta las últimas estremidades que rematan en la Sienea y provincia del Chimila. En sus cumbres, serranías y quebradas se hallaron ricos minerales de oro, que despues se llamaron de Buritaca,

Córdoba y Sevilla. Eran tambien dueños los Taironas de canteras ó minas en aquellas sier-
ras de pórfidos y mármoles jaspeados, piedras
de ijada, sangre y riñones, labradas con es-
traordinario arte y curiosidad para el arreo de
las mugeres, sin que se hallase nacion alguna
dentro de aquel territorio y del que corre
desde las cumbres mas altas hasta las riberas
del mar, que no estuviese bajo su proteccion ó
dominio con mas ó menos sujecion, compren-
didos los Urabáes que habitaban entre la pro-
vincia de Cartagena y el Darien.

De ser esta jurisdiccion tan dilatada y de
haberse perdido sus habitantes, se originó va-
riedad de opiniones sobre el sitio del valle de
Tairona.

Apoderado García de Lerma de la cantidad
de los sesenta mil castellanos, y por otra parte
sentido de que el gefe y gente de otra partida
que entró á Mongay hubiesen vuelto con mas
puntas de flechas en los cuerpos, que de oro
en las manos, dispuso entrar personalmente á
Posigueica, ciudad populosa, con la division
mas numerosa que le fue posible, para que á
vista de la ostentacion de su gente, se aumen-
tasen las cantidades que con nombre de pre-

sentes tributaban los Taironas en cañutillos de plumas llenos de oro. Pero llegado á Posigueica, que lo recibió de paz, se detuvo tres dias, contra el parecer de los capitanes mas antiguos de santa Marta, temerosos de que indios tan belicosos no se alterasen con alguna sospecha, é hizo que le armasen su tienda con cama, mesa y aparador. Descubriendo empero poco despues gran número de indios encaminados á su real, eligió tres sitios fuertes poniendo en ellos á tres capitanes, que fueron desbaratados, dando lugar á que los Taironas cargasen con mas ímpetu sobre García de Lerma sin dejar á los suyos otro remedio que el de tratar de salvarse como mejor pudiesen, y á los enemigos el despojo de su vajilla, tienda y demas aparatos, y mucha parte de su gente muerta y herida.

Atemorizados los españoles, no se atrevieron á salir de muchos dias, y solicitaban ocasiones de ausentarse. García de Lerma, para templar el sentimiento, despachó á su sobrino á los valles de Upar y Cesaré con otros capitanes y con órden de que corriesen la tierra por aquella parte del rio de la Magdalena, como lo hicieron hasta el rio que hoy se llama de Lebrija,

como á sesenta leguas del mar, volviendo despues de muchos trabajos por la Ramada á persuasion de los que allí tenian repartimientos de indios, de quienes sacaron de paso hasta cuarenta mil castellanos de oro y algunos esclavos de indios de guerra, con los cuales llegaron á santa Marta á fines de mil quinientos veinte y nueve. El mismo año se erigió su iglesia en catedral y se nombró primer obispo.

Noticioso entonces García de Lerma de la riqueza de los pueblos sujetos á los Taironas que habitaban entre la Sienea y Posigueica, que fueron muchos, y de las grandes cantidades de oro que ponian en sus sepulcros, hizo salir nuevamente de santa Marta á los mismos capitanes y gente con otra compañía, y con ellos al protector Fr. Tomas Ortiz para el caso que admitiesen la predicacion evangélica. Pero repitiendo segunda vez la entrada, fue resistida con tanto esfuerzo por la nacion de los Caraibes, que en la batalla que dieron á los españoles mataron quince de ellos y muchos caballos, siendo tantos los heridos, que necesitaron de dar la vuelta á santa Marta poco menos que derrotados.

Al mismo tiempo se pegó fuego en una de sus

casas, por acaso ó por diligencia de los indios ó negros; y avivado del soplo furioso que allí tienen las brisas, se abrasaron todas menos la del Gobernador por ser de piedra y cal, á donde se amparó la gente sin haber podido escapar del incendio las ropas y los víveres. Esta desgracia obligó á que se aventurasen dos capitanes á salir, uno para Gaira, de donde escapó de milagro con la vida y dos fanegas de maiz de socorro; y otro para Guachaca camino de la Ramada, con tres caballos y otros tantos infantes, de donde, usando de alguna astucia con los indios, pudo volver con buena cantidad de maiz. Y en esto llegó afortunadamente al puerto un navío isleño cargado de provisiones.

Las continuas desgracias tenian acongojado á García de Lerma; y se advertian indicios de que algunos querian desamparar aquel pais, aunque se desvanecieron en parte al ver que, aplicados todos los vecinos á la reedificacion de la ciudad, lo consiguieron en poco tiempo á principios del año mil quinientos treinta. En tal estado solicitó paces de los indios vecinos que se habian alzado, y lo consiguió con pocos, que le dieron socorro contra los Tairo-

nas, como fueron el Cacique de Bonda con seiscientos flecheros, y el de Durcino con casi otros tantos. Agregados á su gente, se encaminó contra Posigueica, donde no atreviéndose á subir al monte para sitiarla por el temor que advirtió en los indios auxiliares, hubo de asentar su ejército en la tierra llana. Desde ella batió con los caballos las campañas vecinas; y habiendo talado los campos y quemado un pueblo, dió vuelta á santa Marta admirado del temor que su gente y los indios amigos habian cobrado á los Taironas.

Para desvanecerlo ordenó pues que tres de sus capitanes, dando un dia sobre Posigueica al cuarto del alba, procurasen quemarla toda. Salieron estos de santa Marta con trescientos hombres al cerrar la noche, y al romper el dia se hallaron al pie de la sierra donde aquella belicosa ciudad estaba fundada corriendo á la parte de arriba. Dejaron en la tierra llana á otro capitan con algunos caballos que los espaldeasen, mientras que con la infantería ganaban la parte de la sierra que dominaba la ciudad. Mas no pudo hacerse esto cumplidamente, así por haberse quedado temerosos ó cansados algunos infantes, como por haber si-

do sentidos de los Taironas antes de ocupar todo el frente de la población para darle fuego á un tiempo. Viendo pues que amanecía, y no atreviéndose á pasar adelante, pusieron fuego á las primeras casas, que derramándose por otras se abrasaron muchas, en que pereció gran número de indios. Pero como la ciudad era tan populosa acudieron los de otros barrios, y fueron cargando á los españoles con tanto coraje, aunque de ellos morian mas que de estos, que los hicieron bajar desordenadamente á santa Marta al abrigo de la caballería, heridos los tres capitane s.

Para divertir el desconsuelo general dispuso García de Lerma que saliesen cien hombres al valle de Coto que cae entre Posigueica y santa Marta, y en él apresaron al señor de Canzequinque, á quien hizo poner en la cárcel con órden de que le liciesen todo el buen tratamiento posible, con el fin de ganar por su medio la amistad de otros caciques. Y luego convino con él que enviándole á su pueblo con algunos, españoles ajustaria con muchos la paz tan deseada del Gobernador á quien corresponderia á mas con un buen presente de oro. Marcharon así con cincuenta hombres á cargo de

tres capitanes; pero llegados á una hora del pueblo hicieron alto por recelos hasta la mañana, que habiendo llegado á otra poblacion metida ya en la sierra á distancia de media legua del punto de donde habian salido, se detuvieron con pretesto de refrescar la gente. Despacharon entonces dos hombres para que observasen las señales con que los recibian los indios. Salieron estas tan malas, que dieron muerte al uno luego que llegó, y pretendieron hacer lo mismo con el otro, que escapó arrojándose por unos despeñaderos hasta que llegó al campo con el aviso; mientras que los enemigos convocaban toda la gente del valle, tomando los pasos á toda prisa. Pero mayor se la dieron los de García de Lerma en ahorcar al Cacique preso, y retirarse, si bien con mucho trabajo, á Sta. Marta.

Arribó allí por aquel tiempo Francisco Pizarro, que iba con gente para el Perú. No dejó con esta ocasion García de Lerma de brindar á la gente de Pizarro con la conquista en que se hallaba metido, disponiendo que otros ponderasen en los corrillos que eran fantásticas las empresas á que la conducian. Logrando su pretension con algunos, llegó á noticia de Pi-

zarro; quien luego apresuró su viaje, y como en desquite se llevo algunas personas de disposicion.

Las adversidades experimentadas en Santa Marta resonaban ya por todas partes; y atentos siempre los vecinos de las islas y costas de Tierra firme, atribuian los malos sucesos de García de Lerma á su poca aptitud para la guerra. Pidió pues nuevos socorros al Cacique de Bonda, y con ellos entró personalmente al valle de Coto, disponiendo que dos capitanes con los flecheros de Bonda caminasen de noche por la parte alta de la sierra hasta que al amanecer tuviesen ganadas las espaldas del valle, mientras él con la caballería mandada por otros capitanes marchaba por lo llano, hasta tomar en el pie de la sierra algun paso para socorrer á la infantería cuando bajase acometiendo al enemigo. Llegados los capitanes al puesto, ocupó el Gobernador un cerrillo en que hizo poner una compañía y dos pedreros, y ordenó á otro capitan que ocupase un paso mas alto con otra gente y el resto de la caballería, para que pudiese anticipadamente socorrerle.

Fuelo ejecutando este de noche, y tan á

tiempo, que al tomar el puesto desde el cual se descubrian todas las poblaciones del valle, pudo ver con la primera luz del dia el buen orden con que Lerma y los Bondas bajaban poniendo fuego y abrasando muchos pueblos. Pero como eran tantos y belicosos, fueron hiriendo y cargando de suerte sobre la infantería de indios y españoles, que la obligaron á irse retirando por la cuesta abajo, con el fin de escudarse con la caballería, que no podia socorrerlos por la aspereza de la tierra, y por no desamparar los pasos que habia tomado, hasta que con daño muy considerable llegaron al sitio que ocupaba la caballería, donde recogiendo á la grupa los heridos y escoltando á los infantes, pudieron retirarse hasta el cerrillo que ocupaba Lerma, y de allí á la ciudad, llevando á las espaldas á los Taironas que los lanzaron de todos sus términos.

Ni esto fue bastante para que García de Lerma desistiese de nuevas empresas. Partió á la Ramada, que estaba de paz, para dar algun fresco á su gente que andaba mal contenta, y dentro de pocos dias despachó á un teniente suyo al valle de Upar, donde habia repartido indios á él y á otros catorce conquistadores,

para que lo visitase y empadronase los pueblos, con el fin de reconocer si el apuntamiento habia sido exacto. Pero entrado en el valle, halló todas sus poblaciones quemadas desde la detencion de diez meses que poco antes habia hecho en él la gente de Coto con su general Ambrosio de Alfinger, sin embargo de la hermosura del valle y docilidad de su gente, por cuya causa andaban fugitivos los naturales, y los del teniente de Lerma fueron obligados á correr la costa abajo de Cesare, entrando en la provincia de los Alcoholados. Eran estos llamados así para teñirse con tinta negra los remates de los párpados; y se estendia la provincia desde las montañas de Garupar hasta los Chimilas y gran Sienega de Zapatosa. En ella sintieron mas trabajos, porque estando tambien talada, se veian precisados á sustentarse con venados, de que hay gran copia, que mataban á lanzadas.

De allí pasaron hasta dar vista á una poblacion del señor de Tamalameque, fundada entonces á la otra parte del rio Cesare, en que juzgaron hallar descanso, viendo que los indios bien alhajados de chagualas los llamaban con ademanes de paz. Mas era muy otra su in-

tencion, confiados como estaban en que los caballos no serian bastantes á vencer nadando la corriente del rio, como los de Alfinger poco antes lo habian sido para pasar un brazo de la laguna, y llegar á un islote de ella en que se habian recogido. En tales apuros Cardoso, valeroso capitan portugués, se arrojó armado en su caballo al rio, y con asombro de los indios lo sacó á la poblacion de la otra ribera, donde hiriendo á unos y amenazando á otros, les obligó á conducir canoas en que pasó la gente, y se alojó en ella por estar abundante de víveres.

Recobrados los Indios de su temor despues del suceso, y comprada con mucho oro poca seguridad, representaron á sus huéspedes el estado miserable en que se hallaba su cacique Tamalameque, á quien despues de haber tenido en prisiones otros españoles que allí aportaron diez lunas antes, habia cautivado y quebrado los ojos el señor de Zipuaza, pueblo fundado muy cerca del rio grande de la Magdalena á orillas de la laguna de Zapatosa; y les pidieron que pues ya eran amigos, los ayudasen á recobrarlo. Determinados á ello los españoles, les agregaron ciento y cincuenta in-

dios que los guiasen por tierra; y prevenidos estos con una vistosa armada de trescientas y cincuenta canoas llenas de gente, dieron á un tiempo por agua y tierra unos y otros sobre Zipuaza con tan buena suerte, que pusieron en libertad á su Cacique, robando cuanto hallaron de preseas y joyas, de que dieron buena parte á los españoles. Pero conociendo estos que aquella guerra les importaba poco, trataron de poner en amistad á los Tamalameques y Zipuazas, ofreciéndoles la restitution de los hijos y mugeres de unos y otros. Ajustadas las paces, volvieron á la poblacion de que habian salido, á donde llegaron luego al siguiente dia cuatro indios quejándose fingidamente de que llevando una buena partida de oro para los españoles, se la habian quitado en el camino los que iban con Alfinger. Tomando guias los españoles partieron en su demanda, aunque luego conocieron que habia sido estratagema de los indios para echarlos de sus tierras, pues las huellas parecieron de mas tiempo que de treinta dias. Hallándose empero en el camino, dieron vuelta á la Ramada y de allí á Sta. Marta, á donde ya habia partido García de Lerma. Era costumbre de los que salian á semejan-

tes incursiones repartir entre sí el pillaje, reservando su parte al Gobernador, como lo hicieron estos para no esponerse á las miserias que se padecian en la ciudad por falta de dinero. Aumentábase el desabrimiento en la gente de guerra, viéndose fatigada y pobre, y habiendo entre ella hombres que en cualquiera parte podian servir con provecho, y mas en el Perú, donde con las noticias que se divulgaban de su riqueza, deseaban ir á probar ventura. Así, aunque el Gobernador ponía todo cuidado en que no se le fuesen, era tanto ya el horror á aquel país, que cuando pasaban navíos se arrojaban al mar para que los recogiesen.

En tal desórden García de Lerma con parecer de algunos, noticiosos de que caminando tierra adentro al sur se hallarian grandes riquezas, acordó disponer una entrada por el rio grande de la Magdalena, y en febrero de mil quinientos treinta y uno envió por gefe de la gente á un clérigo, pues en Sta. Marta no se hacia en esto distincion de ellos á los seculares, con otros gefes y doscientos hombres, que habiendo muerto el clérigo á los diez dias, pasaron el rio en dos bergantines.

Puestos á la otra parte, dieron principio á su

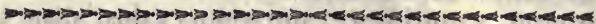
descubrimiento, marchando siempre río arriba, mientras García de Lerma con ocasion de haber arribado á Sta. Marta con navío propio Gerónimo de Melo, caballero portugués hermano de Antonio Yusarte á quien habia dejado en Sto. Domingo, dispuso que entrase á sondar el río grande de la Magdalena, temido por lo furioso de sus raudales, dándole dos navíos y dos pilotos. Si bien llegados á la barra del río mostró gran temor la gente de mar, con la amenaza del capitan de que mataria los pilotos y marineros si desmayaban, pasaron adelante, y subieron treinta y cinco leguas, rescatando siempre con los indios de la una y otra ribera. Al mismo tiempo aportó en Sta. Marta Yusarte, quien viendo que tardaba su hermano en volver, entró con permiso en la Ramada con alguna gente, y órden para que fuese á la provincia de Seturma, donde yendo y volviendo de los pueblos á la mar, fue muerto de los indios con los pocos que lo escoltaban. Esta noticia ocasionó la muerte á Melo despues de su espedicion, de que tardó tres meses á volver, siguiendo la de García de Lerma á fines del año. Fue Lerma el tercer gobernador de Sta. Marta, y adquirió mas de doscientos mil cas-

tellanos de oro en diferentes presas. Habia sido uno de los tres criados del palacio del Emperador, que fueron equivocadamente preferidos á militares hábiles para tales conquistas. En cuanto á los alemanes de que se habló antes, llegó Ambrosio de Alfinger con cuatrocientos hombres y cincuenta caballos á la ciudad de Coto, que desde el año veinte y siete tenia fundada Juan de Ampuez, y desamparó, retirándose á su isla de Curazau luego que vió los despachos que llevaba Alfinger. Continuó este su poblacion, y dejando en ella á su teniente Bartolomé Sayller, salió inmediatamente á la pacificacion de las tierras de Maracaibo con la mitad de la gente por tierra, y la demas por agua en diferentes canoas que labró, y una entre ellas que conducia setenta hombres y seis caballos. Bajando su gran laguna, hizo en los miserables indios de sus riberas hostilidades que no merecian los que ni se defendian ni le habian agraviado; hasta que llegado á cierta ranche-
ría dispuesta por la gente que fue por agua despues que atravesó la laguna, ahorcó y afrentó á muchos hombres de valor, sin embargo de la necesidad que de ellos tenia. Para su reemplazo y el de otros muchos que disgus-

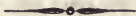
tados de semejante rigor lo desamparaban, envió á Coto el pillaje de oro que habia adquirido, con mucho número de indios prisioneros para que se vendiesen á los mercaderes que allí concurrían, y para que con el resultado de uno y otro le remitiesen gente y armas para la jornada que pretendia hacer tierra adentro. Socorrido con algunos hombres de infantería y de caballería, constando ya su campo de ciento y ochenta útiles, y dejados los enfermos en la ranchería, salió en mil quinientos treinta hácia poniente. Atravesó la sierra de los Itotos llamada comunmente del valle de Upar, que corrió todo, á pesar de que pertenecia á la gobernacion de Sta. Marta, matando, robando y quemando sus poblaciones y sembrados, de suerte que en mas de treinta leguas antes pobladas, no encontró uno de los capitanes de Lerma casa en pie el año siguiente.

Corrido así el valle de Upar por el Cesare abajo, pasó á las provincias de los Pocabuces y Alcohólicos haciendo los mismos estragos, y llegó á la del Tamalameque, el cual se retiró con su gente y canoas á un islote de los que poco distantes de tierra tiene la laguna de Zapatosá. Pero apenas descubrieron los europeos

las chagualas y orejeras con que los indios andaban en la isla, arrojándose al agua treinta de á caballo, pasaron á ella, é hicieron cruel carnicería, siendo muchos los que perecieron lanzándose al agua. Fue preso el Cacique, que se rescató á fuerza de oro, y despojados y rescatados asimismo otros muchos en mas de diez meses que estuvo allí de asiento Alfinger, hasta que arruinada la provincia se dirigió por la costa del rio Grande, y llegó hasta el de Lebrija. Desde allí subiendo á las sierras, y bajando despues, fue á salir al rio del Oro, y no aprovechándose del descubrimiento que hizo de la provincia de Guane, que le habria conducido al pais de los Mozcas, dió la vuelta á los páramos de Cervitá á la parte donde diez años despues llegó Hernan Perez de Quesada en demanda de la casa del Sol. Desde aquel punto, por no seguir diez leguas mas hácia la parte del sur, volvió á errar el camino de los Mozcas, eligiendo la direccion del norte, sin advertir que era la de Maracaibo. Por este rumbo perdiendo muchos hombres en diferentes encuentros con los indios de Rabicha, y ajusticiando á otros, penetró en el valle de Chinácuta, donde acometiéndole de repente los indios



CAPITULO XII.



Gobierno del Dr. Infante en Sta. Marta. Principio por el adelantado Heredia de las conquistas de Cartagena.

SEPARADOS por la muerte de García de Lerma los gobiernos político y militar, que no quiso admitir Pedro de Lerma para pasar al Perú, se comenzaron á sentir en Sta. Marta muchos desafueros en el tratamiento de los indios que estaban de paz. De esto resultó que conspirando los Bondas y Jeribocas, dieron principio como mas cercanos en mil quinientos treinta y dos con algunas muertes de negros y españoles de los que hallaron desprevenidos en las huertas de la ciudad. La gente de guerra, roto casi el freno de la obediencia y espoleada de la necesidad, maquinaba con riesgo de los encargados del gobierno, y de los vecinos que habian adquirido algun caudal. Estaba el gobierno militar en diferentes

gefes mal avenidos, y el político en un alcalde á quien se lo dió el accidente de ser mas antiguo; y los males crecian por momentos, hasta que por el mes de setiembre arribó á Santa Marta el Dr. Infante, oidor de la isla Española; á quien sus compañeros en vacante graduaron de capitán general para que gobernase interinamente.

Por su teniente iba Antonio Bezos, hombre de valor y esperiencia, y además otras personas. Reparando á pocos dias el desabrimiento y corrillos en que continuaban así los soldados que halló en la ciudad, como los que habian vuelto de la espedicion del rio Grande sin medra ni noticia alguna despues de quince meses que gastaron en ella, dispuso para desvanecer la tempestad que partiese por mar un capitán con cincuenta hombres á la Ramada, y otros dos sin averiguarles sus escesos, saliesen al castigo de los Bondas. El primero, con mal suceso y poca presa de indios esclavos que era el fin de aquellas incursiones, dió luego vuelta á Sta. Marta; pero los otros dos dejando emboscada la caballería, fueron marchando descubiertamente hácia el pueblo principal de Bonda. Visto por los indios, salieron arrebatados

damente al encuentro de la infantería, mientras esta se iba retirando hácia unas colinas que dominaban aquellas campañas; hasta que llevados los indios á la emboscada, hirieron y mataron á muchos, y victoriosos con despojo considerable, volvieron á la ciudad. A pesar de esto proseguia el descontento, y trataban algunos mas vivamente de ausentarse. Resolvió entonces el Dr. Infante continuar la division de su gente en la misma empresa de la Ramada, y en la entrada de los Caraibes, donde fue derrotado Pedro de Lerma, y donde ni pudiesen coligarse, dejando la ejecucion para el año siguiente.

Con motivo de haber cesado en su gobierno Pedro Badillos, y vuelto á España su teniente D. Pedro de Heredia, hizo este capitulacion con el Gobierno para el descubrimiento de la provincia de Calamari, que llamó despues Nueva Andalucía, con todas las demas tierras de Urbá comprendidas entre los dos poderosos rios de la Magdalena y del Darien, que viene á ser hasta los indios de Tablada que habitan sobre las barrancas del rio Grande. Dada pues esta provincia á Heredia en adelantamiento con otras condiciones comunes, y entre ellas la de

que pasase luego á descubrirla y conquistarla con doscientos y cincuenta hombres á su costa, reunió luego los ciento y cincuenta; y encargada la leva de los restantes al capitan Juan del Junco, natural de Astúrias y navío para que los condujese, partió de Sanlúcar el año de treinta y dos para la isla Española. Socorrido en esta de mas gente y de víveres en la villa de Azúa, en que estaba hacendado, tomó con dos navíos el puerto de Calamari á los quince de enero de mil quinientos treinta y tres, entrando por aquella parte que se llamó Boca grande, hasta que, cerrada con las avenidas de arena, abrió el mar la entrada llamada Boca chica.

Pareciendo á propósito el sitio de Codego, isla pequeña inmediata á barlovento de Boca grande, dió principio en ella á los veinte y uno de dicho mes á la fundacion de una villa que llamó Cartagena, por la semejanza que tiene su puerto con el de Cartagena de Levante, y que con el tiempo ganó título de ciudad.

Fortificada Cartagena y asegurados en ella los enfermos con la guarda de treinta infantes, salió luego el Adelantado á correr tierra, y á poca distancia se puso á vista del pueblo de

Cálamari de este nombre, ó por llamarse así los naturales ó ser el de su Cacique, donde aun no bien enterado de la estension de la poblacion, se halló acometido de sus vecinos con aquel primer ímpetu que acostumbraban en sus guazábaras. Rechazados empero, se hubieron de retirar á su pueblo, buscando el abrigo de la fuerte palizada ó cerca de árboles gruesos y espinosos con que lo tenían ceñido, dando lugar á los de Heredia para que con algunos prisioneros pasasen á Canopote lugar mas populoso. En este, peleando no menos valerosamente las mugeres que los hombres, aquellas con flechas envenenadas, y estos con macanas tan fuertes que dejaron muchas rodela despedazadas, se resistieron hasta que oprimidos del espanto de los caballos, desampararon el campo dejando muchos muertos y prisioneros, y dió vuelta el Adelantado á Cartagena, cuidadoso de saber, por los prisioneros, noticias de las mejores poblaciones, para lo cual no escusaba diligencia de agasajo ó de rigor.

Habia uno de ellos que tenia aun presente el mal suceso que en lá misma provincia tuvo Alonso de Ojeda en mil quinientos diez,

cuando para reconocerla con trescientos hombres que echó en tierra fue rechazado y herido; y pareciéndole que siendo menor el número de la gente de Heredia no podría tener lo mas favorable, se ofreció por guia. Salieron pues de Cartagena los de Heredia por la sierra de Tesca, abundante en peces, hasta que habiendo pasado los términos de su círculo, dieron en una montaña cerrada y agena al parecer de que por allí habitasen hombres á no descubrir á trechos algunas sementeras grandes de maiz. Parándose entonces el guia, y dando señales de que pretendia huir, empezó á llorar afirmando que todos serian muertos. Pero el Adelantado, como soldado práctico en las guerras de Sta. Marta, tenía experimentadas semejantes demostraciones de los Indios; y le dobló las guardas para que no se le ausentase, como lo intentó á un cuarto de legua del pueblo del Turvaco, célebre por sus aguas y de grande vecindario, de cuya muchedumbre flechera al estruendo de sus bocinas y cajas, se vieron luego embestidos los españoles. Flechando los Turvacos con la mayor ventaja que podian, así hombres como mugeres, solo la mejor direccion en las maniobras y la

ventaja de los caballos y lanzas pudieron hacer que cargando los de Heredia en el mas grueso peloton de indios, los obligasen á recogerse á Turvaco fortalecido con tres cercas de gruesos maderos. Ocurriendo entonces otra grande multitud de indios auxiliares pudieron salir segunda vez á renovar la batalla. El Adelantado se mezcló en lo mas recio de ella, animando con su ejemplo á los demas, que aunque fatigados del primer encuentro, peleaban con tanto mas coraje quanto era mayor el peligro.

Dividido Heredia de su gente, y cercado de una muchedumbre inmensa de flecheros que lo tenian por blanco, hubieran sido inútiles sus esfuerzos si al tiempo que embestido de dos indios con los arcos recogidos para flecharle en el rostro, no le socorriera uno de los suyos cortando la cuerda del uno con la espada y atravesando el cuerpo del otro. Fue entonces el Adelantado en busca de sus compañeros, quedando heridos mas de treinta, y muertos algunos caballos. Se habian retirado los enemigos; pero esta retirada fue cautelosa, pues reforzados con nueva multitud de bárbaros que por momentos les acudian de tierra

adentro, renovaron tercera vez la batalla. Desbaratados en ella sin embargo, dejaron el pueblo en poder de los españoles, los cuales habiéndole saqueado recogiendo algun oro, amacas y provisiones, dieron vuelta á Cartagena á curar los heridos, que fueron muchos y más de veinte los muertos en las tres batallas. Sabiendo los indios la retirada de los españoles, volvieron á Turvacó, y para que no fuese mas cebo de la codicia, la redujeron á cenizas.

Al mismo tiempo arribó á la isla Española la nao en que el capitan Juan del Junco llevaba los cien hombres de socorro; pero como las noticias de Sta. Marta tuviesen en cuidado á los Oidores de aquella Audiencia y mirasen al Dr. Infante como á hechura y compañero, persuadieron al del Junco á que fuese allá con su gente. El Dr. Infante vióse pues amenazado con cien hombres de mas en tierra, cuando estaba faltado de medios para sosegar á los que halló en ella; pero agradecido á Junco, despachó luego por mar la mitad de la gente á la Ramada en dos compañías, y la otra mitad dispuso que saliese por tierra, bajando gran parte de la sienega de Sta. Marta contra los indios Argollas, nombrados así por las que

usaban de oro para ceñirse los cuerpos. Desembarcados los que fueron á la Ramada, y remitido á la Española el navío en que fueron, con la presa de indios que pudieron hacer, se pasaron al campo de Fedreman, no menos obligados de su trato afable que del impedimento de las crecientes de los rios para volver á Sta. Marta.

La otra columna, habiendo marchado quince leguas por el territorio de los Pepes hácia el rio Grande, y llegado á descubrir sin que la sintiesen á Pósigueica, formó una emboscada. Saliendo al amanecer para sus labores, los habitantes bien armados dieron en ella, donde sobresaltados murieron muchos, y los españoles tuvieron lugar de irse retirando, pero seguidos poco despues rabiosamente de los Taironas por los muchos prisioneros que llevaban, entre ellos á uno de sus caciques, con el fin de hallar medios de paz que no habian podido conseguir con los Argollas, aunque sí con los Mastes que los guiaron contra los Agrias, donde los hombres eran altos y hermosos, y las mugeres pequeñas y feas, con quienes hubo algunos ençuentros. Saliendo victoriosos, volvieron á los Mastes, y atravesá-

ron las tierras de los Caraibes sin detenerse con alguna de estas naciones derramadas por aquella gran sienega, desde la boca que le abre el mar á siete leguas de Sta. Marta hasta las espaldas de la villa de Tenerife.

Pasada la provincia de los Caraibes, y tratando de volver sobre Sta. Marta, necesitaron atravesar el pais de los Chimilas, nacion sujeta como las demas á los Taironas, donde las mugeres son hermosas, los hombres robustos y bien dispuestos, despreciadores de la paz, y siempre cautelosos en la guerra. No soltaba el capitan de los españoles al Cacique prisionero, hasta que, atravesada la tierra de Chimila, le dijo que para que viese cuan poco temia á Posigueica, se fuese luego libremente llevando á su hermano consigo, que tambien iba preso, y tratase de proseguir la guerra como pudiese; pero que siempre que pidiese paces vendria en ellas. El Cacique, vista la generosidad, respondió que por lo tocante á él aceptaba y ofrecia la paz; pero que no siendo mas que un cacique de los muchos de Posigueica, y habiendo allí otros mayores, no se atrevia á ofrecerla en general; mas que procuraria por todos medios ajustarla, ni queria apartarse de

su campo hasta verse cercano á su patria!

Convino el capitan, y al descubrir el caserío de Posigueica le dió un bonete de grana y otras preseas de Castilla con los prisioneros de su nacion, y le despidió. Puesto despues en buen órden fue siguiendo sin que los indios, como tenian de costumbre, le molestasen; antes bien desde la cumbre de un montecillo lo estuvieron mirando á tiempo que otro hermano del Cacique prisionero le salió al camino con algun refresco, y aseguró de que los caciques de los Tuironas se resolverian á hacer paces como se las guardasen bien los españoles; para lo cual, en la primera ocasion, saldria él en nombre de todos á tratar de esto mas de propósito. Despedido el capitan amigablemente, y entrado ya el mes de marzo de mil quinientos treinta y cuatro, prosiguió hasta llegar á Sta. Marta á gozar de la reparticion de la presa que hizo entre toda la gente de guerra. Pero nada bastaba á desterrar los celos del Dr. Infante, que aguardando por puntos nuevo gobernador, y para evitar que le residenciase quien no vistiese la toga, se volvió á santo Domingo al ejercicio de su plaza con el pretesto de que se hallaba enfer-

mo á fines de agosto, dejando el gobierno á su teniente general Antonio Bezos.

Diferentes eran los designios de Heredia en Cartagena. Apenas tomó algun descanso su gente, la sacó otra vez á campaña; y siguiendo la costa á barlovento, llegó sin oposicion hasta las riberas del rio Grande, con el interés de algun oro que sacó de los Malambos y otros pueblos confinantes. Pero reconocida la aspreza de las montañas y embarazo de las sienegas que se encontraban rio arriba, volvió á la boca de este; y sin apartarse de la costa del mar, atravesó otra vez por el valle de Zamba hasta Cartagena, donde halló el navío de Juan del Juncó con la mayor parte de la gente que habia llevado á Sta. Marta, y que habia conseguido del Dr. Infante facultad de pasar á Cartagena con diferente gefe.

Con este socorro, bastante ya á componer su campo de cien infantes y otros tantos caballos, penetró hácia al oeste; y ocupando muchos dias en romper montes y sienegas, llegó á descubrir el Zenú, pueblo de gran vecindad, que fue desamparado al espanto de sus armas. En él se prendió á un criado del Cacique, que descubrió en la montaña dos cajones llamados

habas por los Indios, en que se hallaron mas de veinte mil castellanos de oro, sin diez y seis mil que habia manifestado antes en un socavon ó bóveda, que se formaba de tres naves de latitud y mas de cien pasos de largo. Los naturales en su idioma la llaban el *bohio*, ó *casa del diablo*, por haber en la mitad de su distancia una hamaca bien tejida, que estando pendiente de un palo se sustentaba al parecer sobre los hombros de cuatro figuras humanas, las dos de hombre y las otras dos de muger, y en que decian los Indios se acostaba el demonio. Instado el prisionero por mas oro, mostró una sepultura de donde sacaron otros diez mil castellanos, y pasaron hácia la provincia de Urabá. Amedrentados empero luego de la aspereza de la serranías, volvieron á Cartagena, en donde hallaron ya su primer Obispo, y á pocos dias llegaron trescientos hombres, que saliendo á descubrir el rio Grande arriba, no consiguieron como lo intentaban poblar en Mompox.

Corria en aquel año por todas partes la fama de las conquistas del Perú y de sus riquezas; y era tanta la gente que acudia á Cartagena, de las islas y otras provincias de Tierra firme para

pasar á Panamá, que en el ínterin que lo conseguia, podia escoger el Adelantado para sus empresas. Así, con la ocasion de haber llegado Alonso de Heredia su hermano, á quien llamó de las conquistas de Guatemala, dispuso que saliese para Urabá, donde se decia haber montes de oro. Con trescientos cincuenta hombres y los mejores capitanes atravesó la provincia, y en la que llamaron *culata de Urabá*, por estar dentro de los términos de la gobernacion de Cartagena, reedificó la ciudad de S. Sebastian de buena vista, la primera que habia fundado en Tierra firme Alonso de Ojeda, y desamparó Francisco Pizarro, á quien habia dejado por su teniente. Esta segunda vez se le mudó empero el sitio en el de unas colinas rasas y libres de montañas. En sus contornos, especialmente en los de Zenú, se hallaron al abrigo de un famoso templo de ídolos, sepulcros soberbios, y en ellos mucha cantidad de oro ofrecida á los cuerpos muertos.

Las mugeres de esta provincia eran de buen parecer; andaban vestidas de telas de algodón curiosamente labradas; usaban pendientes de oro y sartales de cuentas al cuello. Los hombres se preciaban de andar desnudos, y eran

en extremo inclinados á contrátar con las propias y extranjeras naciones. No satisfecho Alonso de Heredia volvió á la costa del mar; y á la ribera del rio Catárrapa, de la provincia que se llamó de las *Balsillas*, á seis leguas de la mar al sudoeste de Cartagena, fundó la villa de Santiago de Tolú. De allí pasó á otro sitio á treinta y dos leguas al sur de Cartagena, y en ciertas sábanas medianamente fértiles para ganados mayores y plantajes de cacao, fundó la villa de María, volviendo á Cartagena á dar cuenta de todo.

Muerto Alfinger, eligió su ejército por gefe hasta Coro al capitan Juan de S. Martin, que luego levantó el campo, siguiendo el mismo rumbo que llevaba Alfinger; y atravesando la montaña despues llamada de *Arevalo*, dieron en el valle de Cúcuta, cuyas dehesas fértiles y abundantes de orégano, median entre la ciudad de Pamplona y S. Cristóbal; y aunque malas de temple, muy á propósito para cria de mulas. De donde con detencion de pocos dias, de provincia en provincia, con la guia de un español que hallaron casado con la hija del Cacique de una de ellas, llegaron hasta la ciudad de Coro el año treinta y dos. Reconoció luego

la ciudad por gobernador á Juan Aleman, caballero de su nacion y tan pacífico, que encerrado en ella no intentó jornada alguna. En cuyo tiempo Nicolas Fedreman, otro caballero tudesco ambicioso de fortuna, con las noticias que habia adquirido de los hostiales de perlas del cabo de la Vela, y con el oro y joyas que habia recogido en la provincia, pasó á Castilla, donde á pocas diligencias consiguió aquel gobierno. Pero sus émulos, desacreditándolo con los Belzares, consiguieron que se le revocase el gobierno y se proveyese en Jorge Spira, dejando á Fedreman por su teniente general, con facultad de hacer entradas separadamente al descubrimiento que le pareciese dentro de los términos de la guarnicion de Venezuela.

Con estos despachos y cuatrocientos hombres levantados en Andalucía y Murcia, y despues por dos tormentas que sobrevinieron á la armada reducidos á doscientos, llegaron á las Canarias, donde reforzados de otros tantos de los mas bastos y groseros de la isla, prosiguieron su viaje felizmente hasta Coro. Aquí trató luego Jorge Spira de que se hiciesen dos entradas á la provincia: la una á cargo suyo, con doscientos hombres, la vuelta de los llanos de

Carora; y la otra, á cargo de Fedreman, que para conseguirla habia de ir á Sto. Domingo por mas gente, armas y caballos que le darian por cuenta de los Belzares, para que de vuelta incorporándolos con la gente que dejaba en la ciudad, tomase derrota al oeste por la otra parte de la serrania de Carora ó llanos de Venezuela.

Ajustado por Spira el cumplimiento de las órdenes dadas con su teniente, salió con ochenta caballos y el resto de infantes que estaban alistados, y tomaudo la vuelta de la Burburata por la costa del mar, despues de varios trabajos, hambres y refriegas acaecidas á los capitanes sobresalientes en la provincia de Burauré, se encontró con ellos en el desembocadero de Bariquisimeto. Habiendo llegado despues á las provincias de los Chiscas y Laches, llamada posteriormente Chita, y del Cochuy, tuvo noticias del nuevo reino de Granada bastantes á empeñarlo en su descubrimiento, caminando doce leguas; y por omision de un capitan, ó por temor de la sierra pedregosa que habian de atravesar, tuvo encuentros en el pais de los Choques, y le precisaron á volver á Coro desbaratado el año 37, en que concluido su gobierno fue colocado en él el Dr. Navarro.

Fedreman, luego que vió ausente á su General, dió orden al capitan Antonio de Chavez para que con la gente que tenia alistada en Coro tomase la vuelta de Maracaibo sin parar hasta el cabo de Vela, donde le aguardase hasta volver de la isla Española, para la cual se embarcó al mismo tiempo que Chavez salió para la costa de la Laguna. Halló allí al capitan Alonso Martin, que por secreto convenio con Fedreman desde Coro, donde estaba al tiempo que Jorge Spira llegó de España, se habia retirado á la ranchería de Maracaibo, y para esta ocasion le tenia prevenidos los bergantines y canoa grande que construyó Alfinger para bajar la Laguna. De este modo fácilmente se hallaron á la otra parte en el pueblo de Maracaibo, con determinacion de alojarse allí el tiempo que habia de gastar Fedreman en su vuelta. Mas no pudieron lograrlo, porque la hambre y enfermedades que le son consiguientes, hicieron precisa la division de la gente en tres partidas, para sustentarse como pudiesen, con orden de que para el plazo de la vuelta de Fedreman se hallasen todas en el cabo de la Vela.

Ejecutóse así á tiempo que por el mismo

apuro habia despachado otra partida de veinte hombres desde el rio Macomite el capitan , que por órden del Dr. Infante se ocupaba en la conquista de la Ramada. Marchando pues esta hácia la laguna de Maracaibo, y otra de las de Chavez hácia el rio de Macomite, ambas en busca de víveres, se encontraron de suerte en la trocha que iban abriendo ; que la primera quedó prisionera de la segunda que la esperó emboscada. Persuadido Chavez con la noticia de que la enviada por el Dr. Infante se habia entrado en su jurisdiccion, juntó sus tropas que andaban desunidas, y marchando á Macomite, hizo que de grado ó por fuerza le siguiese con la gente sana que tenia hasta el cabo de la Vela para reducirla á su campo; en cuya marcha tuvieron un recio encuentro con los Guagiros, que en campo raso le cogieron siete prisioneros.

Asegurados los enfermos que habia en Macomite, partieron al cabo de la Vela, donde ya estaba Fedreman con ochenta hombres y buen número de caballos. Sintió Fedreman el suceso del capitan del Dr. Infante, y viendo que no le podia reducir á que le siguiese con su gente, le licenció con mucho agasajo y adver-

tencia de que no repitiese la entrada en los términos de su conquista.

Fedreman entonces con las noticias de los criaderos de perlas de aquella costa, y habiendo ido á Sto. Domingo á disponer algunos instrumentos, aunque muchas veces arrojó cierta manera de rastros, jamás pudo conseguir logro de su trabajo, ni otros muchos que lo intentaron despues por el mismo camino, hasta que se halló por mejor el de buscarlas con indios y negros. Reconociendo con esto que los mas de sus capitanes se inclinaban á que siguiese la misma ruta que Alfinger, tomando la vuelta del este porque las tierras que se descubrian entonces rio arriba daban esperanzas de que en su origen habia ricas provincias, salió con cuatrocientos hombres, encaminándose al valle de Upar. En los apuros que le sobrevinieron luego que dejó la costa y entró en regiones tan cálidas, perdió gran parte de su gente, sin poder socorrer los enfermos que á cada paso le quedaban por los caminos. Encontróse con el capitan que habia dejado volver á Sta. Marta, que despechado del impedimento que le pusieron las crecientes de los rios al principio, y de la oposicion que halló

despues en los Chimilas con repetidos asaltos y emboscadas en que le hirieron algunos soldados, volvía á Fedreman con pretension de comprarle algun navío para hacer su viaje por mar; pero quedó reducido á seguir á Fedreman, otorgando escritura de que lo hacia voluntariamente, y no temeroso de alguna violencia. Una parte de su gente intentó alguna alteracion, que desvaneció presto el castigo de los dos mas culpados y la fuga de otros seis que por varios rodeos no pararon hasta Santa Marta, donde hallaron por gobernador al adelantado D. Pedro Fernandez de Lugo.

Instruido este del intento de Fedreman de caminar siempre al sur, le pidió cortesmente en una carta, que no se introdujese en su jurisdiccion, la cual de mano en mano de los indios amigos llegó hasta las de Fedreman, que ya iba muy adelante. Advertido juntamente por otras cartas de la pujanza de gente con que se hallaba el Adelantado, retrocedió al valle de Upar, desde donde se dirigió á Coro. Dividió para ello su gente en dos divisiones, que con mas facilidad pudiesen socorrerse de víveres hasta la Laguna; porque por cualquiera senda que eligiesen unidas, les amenazaba el ham-

bre. Encargándose de la una, siguió la otra el camino de la sierra que divide á Maracaibo del valle de Upar, y fue á dar á ciertas poblaciones de indios fundadas sobre unos caños y esteros de la laguna, llamados los brazos de Herina, donde apresó buena cantidad de oro fundido en joyas y en polvo del que llevan las quebradas que entran en ella.

Segun las órdenes de Fedreman, llegó despues á la ranchería de Maracaibo, en la cual le halló no menos fatigado que afligido por la falta general de víveres, bien merecida de los que tan inconsideradamente habian despoblado aquellos contornos y quemado los bergantines, pensando que no necesitarian mas de ellos. Dispuso empero que de una de las embarcaciones, que solamente se habia quemado hasta flor de agua, se formase otra que bastó á conducirlos todos á la otra parte. Desde allí salió luego con los mas de ellos un capitán á dar la vuelta de la cordillera de Carora hasta encontrarse con el valle de Tocarigua, donde le aguardase mientras él, vuelto á Coro con otros, sabia noticias del Gobierno, que en su partida le prometieron los agentes de los Belzares; y con mas gente le seguia hasta juntarse

con él, é ir en busca de las riquezas que se contaban del famoso rio Meta, cuyo origen debe al páramo de Gachaneque á las espaldas de la ciudad de Tunja; pues aunque su gobernador Spira habia llevado la misma derrota, era la tierra dilatada para todos. Despues de muchas privaciones pasó la division á la provincia de los Giraharas, que la acometieron cuerpo á cuerpo. La vanguardia española, á no ser socorrida luego, hubiera sido derrotada; pero vencido el enemigo, dejó el campo y mucha de su gente muerta ó mal herida. Acudiendo entonces hasta cuatrocientos indios á ofrecer la paz, llevando ocultas algunas armas para valerse de ellas cuando toda su gente, que dejaban emboscada, acometiese, fueron descubiertos por algunos indios que iban con los españoles; y dieron estos sobre ellos tan de repente, que dejando muertos los mas y presos hasta ochenta, obligaron á los restantes á tomar el partido de ir á dar aviso á los de la emboscada. Acometieron estos últimos; pero desmayaron luego, y trataron de hacer paces y rescatar los prisioneros á precio de oro y víveres.

Dejada esta provincia, se dice por un historiador que pasó el capitán con veinte hombres

á otra de los confines de Carora de gente belicosísima, donde tuvo varios encuentros, donde se detuvieron dos meses, y despues caminando siempre al sur por diferentes valles, llegaron á la provincia de Tocuyo; y reconociendo la disposicion de un sitio en que pocos dias antes los indios Coyones de la sierra habian quemado una gran poblacion de los Tocuyos sus capitales enemigos, se alojaron los españoles en él, tanto por la hermosura del pais como por el agasajo de los naturales.

A pocos dias supieron impensadamente haber entrado por su ranchería dos capitanes con sesenta hombres de los que habia llevado á sus descubrimientos Gerónimo de Hortal gobernador de Paria, en cuyas entradas y en las hechas por el comendador D. Diego de Ordaz y Antonio Sedeño sin fundar ciudades en tierra alguna de las tan fértiles, ricas y pobladas de naturales como encontraron en Maracapana y otras provincias, se destruyó cuanto hallaron desde la Burburata hásta las bocas del Marañon. Se observaban unos á otros los sesenta hombres y la division, cuando sabiendo el capitán de esta que los de aquellos haciéndose cabezas de gente amotinada se habian alzado

contra su Gobernador, y finalmente dé que en la direccion que habian tomado se encontraron en un valle vecino á su alojamiento con una casa de deshonestidad; determinó dar secretamente aviso de todo á Fedreman, que aun estaba en Coro, quien partió luego con toda la gente que pudo. En el ínterin los indios Coyones, creyendo que los Tocuyos habian vuelto á poblar su lugar, resolvieron bajar al castigo, y lo ejecutaron abriéndose camino por la fragosidad de una montaña, por donde sin ser sentidos penetraron hasta encontrarse con los europeos. Acometieron en número de cuatro mil; pero fueron desbaratados.

Llegó á la sazón Nicolas de Fedreman, y se da por cierto que persuadió á aquellos dos capitanes que le dejasen la gente que llevaban, con promesa de gratificar sus servicios; y que lo consiguió con general aplauso de ella, aunque resolvió remitirlos á Sto. Domingo. Vanaglorioso Fedreman de ver tan engrosado su campo, y afligido de hallarse falto de armas y otros pertrechos precisos, pidió á su gente prestado el oro que habian adquirido en la jornada, para proveerse en Coro; y consiguiólo con facilidad, como tambien la conduccion

de todo lo que envió á comprar. Con lo que, para no perder el verano que le restaba del año 37, salió con su campo para el valle de Bariquisimeto.


CAPITULO XIII.


Gobierno de Sta. Marta por D. Pedro Fernandez de Lugo. Prosecucion de la guerra con los indios de la Sierra sin fruto. Ejército y armada para nuevos descubrimientos á cargo de su teniente general D. Gonzalo Jimenez de Quesada. Descubrimiento del pais llamado despues nuevo reino de Granada.

SABIDA en Castilla la muerte de García de Lerma por los agentes del adelantado de Canarias D. Pedro Fernandez de Lugo, que retirado en la isla de Tenerife trataba de templar el despacho de que el Emperador hubiese preferido á D. Pedro de Mendoza su gentilhombré de casa para la conquista del rio de la Plata, le dieron luego aviso. Era caballero rico y de espíritu, y consiguió el gobierno por medio de su hijo D. Alonso Luis de Lugo con nuevo título de Adelantado de las provincias y reinos que conquistase.

Las capitulaciones principales que asentó en el Consejo de Indias, fueron : que llevase á su costa para la conquista de lo que descubriese dentro de los términos que se habian asignado á Rodrigo Bastidas, mil quinientos hombres, y doscientos caballos, sin los que de esta especie se necesitasen para crias, con todo lo demas concerniente de víveres, armas y municiones; que no se entrometiese en las jurisdicciones de las provincias de Cartagena y Venezuela concedidas al adelantado Heredia y á los Belzares, entendiéndose que todo el rio grande de la Magdalena perteneceria á la gobernacion de Sta. Marta; que despues de sus dias le sucediese su hijo en la misma forma; que pudiese construir dos fortalezas donde mas bien le pareciese, con la merced de su tenencia y sesenta y cinco mil maravedís de sueldo, pagados en frutos de la tierra que conquistase, con intervencion de los oficiales Reales; la dozava parte de todos los provechos que el Rey tuviese en todas las tierras que de nuevo descubriese y poblase, ínterin que bien informado S. M. de lo que hubiese obrado, resolvia lo mas conveniente á la satisfaccion de sus servicios; el sueldo en el gobierno de un cuento de marave-

dís, pagados en la misma forma que se daba para el entero del sueldo que habia de sacar como teniente de las fortalezas que fabricase; que llevase consigo á Sta. Marta las personas eclesiásticas que el Rey le señalase, para adoc-trinar á los Indios, y aconsejarse con ellas sobre la justificacion de poderles mover guerra, y facultad de llevar hasta cien negros esclavos, hombres y mugeres.

Con estas capitulaciones y otras, y un hábito de Santiago de que el Rey hizo merced á don Alonso Luis su hijo, en atencion á su calidad y á los servicios del padre en la conquista de la isla de Palma y guerra marítima de Moros en las costas de Africa y Canarias, partió dicho D. Alonso Luis á Sevilla. Halló ya en aquella ciudad al Adelantado, disponiendo la leva de la gente que habia de llevar, que dejó á cargo del hijo volviéndose á Tenerife. En este tiempo presentó el Consejo sucesivamente á varios el obispado de Sta. Marta por muerte del electo, quedando por último el licenciado D. Juan Fernandez de Angulo, quien llegó allí consagrado á fines de julio del año siguiente.

Don Alonso Luis, que se hallaba en Sanlúcar con la gente que pareció bastante, se hizo á la

vela, y tomó puerto en Tenerife, donde halló á su padre recién viudo; por cuya causa se detuvo la armada algun tiempo, con los mil y doscientos hombres escogidos y entre ellos muchos y muy ilustres caballeros. Prevenido tambien de las armas y caballos contenidos en la capitulacion, nombró por su teniente general al licenciado D. Gonzalo Jimenez de Quesada natural de la ciudad de Granada. Por maestre de campo general fue nombrado Antonio Ruiz de Orjuela caballero cordobés, que se habia ocupado en las guerras de Nápoles, y tenia licencia de pasar á Indias con cincuenta hombres armados á su costa, habiendo arribado á Tenerife. Por capitanes fueron nombrados varios, con quienes y mil doscientos hombres de guerra repartidos en diferentes navíos, se hizo á la vela el Adelantado, llevando al hijo en su compañía; y con próspero viaje, por enero de 1536 tomó puerto en Sta. Marta, donde halló á Antonio Bezos, que acosado de los Taironas y Bondas apenas podia mantener la ciudad y poca gente que en ella habia, con el socorro de los indios amigos de Gaira y Taganga, y con la corta presa de algunas pequeñas incursiones en la Sierra.

Luego que se vió en el gobierno, envió á ofrecer la paz á los Bondas, Jeribocas y Bodiguas que militaban coligados; y por no haberla querido admitir, dispuso un campo de quinientos hombres, los mas de ellos de los recién llegados, con que salió en persona, y habiendo arribado al pueblo de Bonda lo acometió. Los indios, teniendo ya puestos en cobro sus hijos y mugeres, se defendieron bien; pero mas apretados, desampararon el pueblo, dejando muertos treinta de los españoles y muchos heridos, con poco daño de los suyos. Mandó entonces el Adelantado que cuatro de sus capitanes siguiesen al enemigo, y si no aceptaba la paz le hiciesen guerra. Desechada por los indios su embajada, y viendo que fortificados en lo áspero de la Sierra se prevenian para la defensa, dieron parte al Adelantado, que juntándose con ellos, quemó y arrasó muchas de sus poblaciones, y en los pocos encuentros que tuvo, fue lastimada y herida gran parte de la gente que llevaba.

Con el fin solo de entretener á esta, dispuso que su hijo saliese contra el valle de Tairona, y con él su maestro de campo, á quienes siguieron los mas de los caballeros del ejército.

Pero llegados á Tairona se mostraron sus indios tan valerosos, que en diferentes ataques, dejando muertos y heridos muchos españoles, ganaron aquella fama de guerreros que les duró hasta tiempos muy posteriores, especialmente en la defensa de un paso estrecho de la Sierra.

Rotos sin embargo y desbaratados los Taironas, corrieron los españoles el valle sin encontrar flecha en arco, gente ni víveres; pues aunque para buscarlos trastornó uno de los capitanes el pais de la Ramada con pérdida de veinte hombres que se le murieron de hambre, no pudo remediarla. Tampoco pudo D. Alonso Luis, que tambien entró por la parte superior del mismo pais hasta las sierras nevadas, aunque en el encuentro que tuvo con los dos caciques rebelados Maróbaro y Arógaro, hizo una presa de hasta tres mil castellanos de oro. Volvió despues á Sta. Marta, donde halló á su padre, que desconfiado de la conquista de los Taironas por la poca sustancia que descubrian sus tierras, tenia vueltas las miras al origen del rio grande de la Magdalena, llamado así por haberse descubierto en su dia, donde por noticias confusas se esperaban hallar podero-

esos reinos y criaderos de oro, segun las muestras que habian encontrado los que en algunas entradas habian subido hasta el rio de Lebrija.

Con la prevencion de barcos para el rio á fin de que se fuesen dando la mano con el ejército de tierra, oido el parecer de los mas prácticos que convenian en el poco provecho de sujetar los indios de toda la Sierra, por la dificultad de conseguirlo amparados siempre de los Taironas, nombró por gefe del ejército de tierra que se componia de seiscientos y veinte infantes y ochenta y cinco caballos, sin contar el escesivo número de miserables indios que acostumbraban llevar por cargueros, á su teniente general D. Gonzalo Jimenez de Quesada y algunos capitanes de los antiguos de santa Marta y de los que llevó consigo, disponiendo que los caballos fuesen debajo del estandarte Real, y que los capitanes de cinco bergantines contruidos en la costa para entrar en el rio Grande llevasen por general á D. Diego de Cardona.

Hechas pues todas las prevenciones, y pareciéndole al Adelantado ser conveniente que quedase en Sta. Marta su maestre de campo Orjuela, le detuvo consigo con condicion de que en todo lo que nuevamente se conquistase

tuviese de las presas y tierras la parte correspondiente á su puesto.

Era ya entrado el año de 36 cuando Quesada á los 5 de abril salió de Sta. Marta, siguiendo por el centro de la provincia de Chimila, hasta dar en las de Tamalameque y Tamalaizaque, desde donde se habia de arrimar á la ribera del rio grande de la Magdalena. Aunque este rumbo se habia continuado hasta allí por algunos capitanes, fueron gravísimos los trabajos que en él se padecieron, respecto de lo numeroso del ejército, falta de víveres, mucho calor de la region, humedad de la tierra y embarazos que se ofrecieron en la jornada de sienegas y pantanos; al paso que los caballos mas servian de aumentar el trabajo que de aliviar la fatiga.

Con no menos adversa fortuna se hizo á la vela la armada de los cinco bergantines y dos carabelas; pues no pudiendo coger el rio por la borrasca que levantaron las brisas en su boca, se destruyeron los tres de ellos y las carabelas, de las cuales la una naufragó luego, salvándose la gente en un islote del rio, y la otra dió sobre la punta de Morro hermoso de la costa de Cartagena poblada de indios Caribes, á cuyas manos perecieron los que queda-

ron vivos. Poco mas adelante dió en el sitio de la Arboleda uno de los bergantines, donde se salvó su gente amparada de la noche. Dando otra embarcacion en el Ancon de Zamba, y la del General en la punta de Icacos, tierras pobladas de indios pacíficos, pudieron llegar á Cartagena libres de peligro. Los dos barcos restantes tuvieron tiempo de anclarse antes de la borrasca en la boca del rio; y pudieron, aplacado el mar, navegar hasta Malambo, habiendo recogido de paso la gente de la carabela que quedó en el islote, desde donde sabido el naufragio de las otras embarcaciones dieron aviso al Adelantado. Llegó á este la noticia juntamente con dos capitanes, y otro á quien hallaron con un buen navío en el puerto de Cartagena, que volvieron á Sta. Marta en dos de los bergantines; y á mas supo que el General y otros remitian los dos bergantines, dándole aviso del suceso y de su resolucion de pasar al Perú con la gente voluntaria que los seguia.

No desmayando por eso el Gobernador de su primer intento, despachó luego á un capitan á la isla Española, para que le comprase otras cuatro embarcaciones. Pero sucediendo poco despues la muerte del Adelantado, no tuvo lu-

gar de volver por entonces á Sta. Marta. Dispuso no obstante el Gobernador que á toda prisa construyesen algunos vecinos otros dos bergantines, que juntos con los que habian escapado de la tormenta, fuesen en socorro de su teniente general, á quien dió luego noticia del infortunio y de la nueva demanda de embarcaciones. En su vista fue siguiendo muy despacio su rumbo en medio de los trabajos de hambre, guerra, malos caminos, serpientes venenosas, y gran número de enfermedades. Procedia empero Quesada con tanta prudencia y valor, que no dió ninguno el menor indicio de inobediencia.

Dispuesta ya la armada en Sta. Marta, y nombrado general de ella el licenciado en leyes Gallegos y algunos capitanes nuevos, entraron en el rio Grande, y juntándose en Malambo con los dos bergantines y ciento y ochenta hombres repartidos en las embarcaciones, penetraron contra curso hasta que despues de algunos meses de navegacion encontraron á Quesada con su gente en el pueblo de Tamalameque, desde el cual se habia de seguir la derrota por la ribera del rio hasta Sompallon, otra provincia grande y fértil que está

á quince leguas, y á setenta y cinco de la boca del rio. Y de allí, teniendo ya la gente de la armada las órdenes de Quesada, subieron quince leguas hasta otro pueblo que era el último á que habian llegado Españoles. Allí se redoblaron los trabajos y peligros del ejército y armada. Doscientas leguas de monte espesísimo se hubieron de romper á manos, siendo tal su cerrazon, que apenas bastaban todos juntos á adelantar una ó dos leguas en un dia con buenas herramientas. Murieron unos comidos de tigres, otros de lagartos que sin temor de las guardas se entraban los primeros en el alojamiento, y arrebataban al español ó indio que les parecia, no menos de dia que de noche. Otros de hambre y sed procedida del venenoso contagio de las flechas de los bárbaros con quienes iban guerreando á cada paso. Con esto llegaron al pueblo de la Tora, llamado de las barrancas bermejas y de los brazos, por cuatro que hace el rio en aquel paraje, despues de ocho meses en que caminaron solamente ciento y cincuenta leguas.

Era ya entrado el invierno y las muchas lluvias hacian que se estendiese el rio, no dejando senda alguna sin evidente riesgo. Determi-

nóse pues de comun acuerdo de los gefes invernarse en aquel sitio. Y porque los soldados se entretuviesen con buenas esperanzas en el desconsuelo que ya mostraban todos, pareció conveniente á Quesada que los bergantines subiesen rio arriba á descubrir lo mas que fuese posible, en tanto que cesaban las aguas, y los dolientes mejoraban de sus enfermedades. Subieron los bergantines veinte leguas mas arriba con increíble trabajo, por haber de batallar continuamente con los raudales del rio, en que la falta de viento se habia de suplir con la fuerza de los brazos, valiéndose unas veces de sirgas y remos, y las mas llevando á remolque los barcos con maromas que desde las barrancas y árboles tiraban los españoles, espuestos al riesgo de las aguas y de los caimanes, hasta que rendidos del trabajo y desesperados de hallar noticias, volvieron á los trece dias.

Mal sufridos entonces los soldados, propusieron á Quesada que desistiese de la empresa, y diese la vuelta á Sta. Marta, donde podrian ocuparse en mas seguros objetos. Quesada empero respondia con prudencia á estas propuestas, como si fueran consultas, no dándose por entendido de los desahogos con que se hablaba

en el campo. Apartando con risa una pica puesta á sus ojos, se burló el gran capitán de un motin general, y enmendó con la accion todo un ejército. De nada estaba tan ageno Quesada como de volver paso atrás; pero oponia á la ejecucion de la propuesta, no ser tiempo de llegar á las últimas resoluciones; que seria des-crédito de tan valerosos soldados volver sin dar noticia siquiera del origen de aquel rio, que no podia tenerlo muy retirado; que si Pizarro y Cortes hubieran obrado por la desconfianza de sus soldados, ni hubieran ganado nombre de capitanes famosos, ni sus compañeros llegado á la posesion de tantas riquezas; y que los afanes eran comunes: pero si con brevedad no mejoraban de noticias, seria el primero que á costa de su vida asegurase la de todos. Y juntando muchos agasajos á los malcontentos, les fue dilatando la vuelta.

util que pueda apeteer en el dia. No cabe duda
mullacion industrial que sostuvo recia enemiga
glaterra y Francia, disminuye á beneficio de
abdinaciones politicas y luminosas ideas económi-
no por esto debe echarse en olvido la constante
Gobierno inglés en proteger á toda costa la pre-
cia de su tráfico, ni perder de vista el cuadro
que recuerda el dominio ejercido por él en los
de Lusitania.
quel concibió el proyecto de erigirla en colonia
mando reclamó su socorro al efecto de neutrali-
epetidos ataques de su natural enemigo el Ca-
panol. El premio de semejante auxilio fue el tra-
642, renovado algun tiempo despues por el mi-
de Carlos II, á pesar de la corrupcion de Buc-
Y la imbecilidad de cuantos querian reorganizar
quella destrozada Monarquia. Desde entonces se
on los lazos de estas dos potencias en términos de
laterra una colonia mas bien que una aliada, y de
on escándalo en sus propios bajels al Brasil, á
ar ó al Japon. Las faltas cometidas por Colbert
de esta cuestion meramente comercial, el ha-
ocado en el trono de España á uno de los princi-
dinastia borbónica (1), y los planes sobradamente
: nuestro famoso Alberoni, alejaron enteramente
on portuguesa de toda liga continental, hasta
endo Carvalho á su ministerio, imaginó el osado
francarle el férreo yugo que marchitaba su anti-
ta. Indignado de su abatimiento politico y mer-
as aun del poco comedimiento con que le exi-
adverit que Portugal reconocio sin dificultad ninguna á Fe-
un manifiesto andar de acuerdo con los proyectos de su agosto
ro cedió en breve á las instigaciones de ingleses y holandeses,
on en reposo á su Ministerio hasta que le hicieron firmar en 1703
tratado de Methuen, que puede considerarse respecto de Portugal
a de la mas omnirosa dependencia.

arreglaba las d
tercera parte d
licor sometido
cultura de los s
daba providenc
por estatuto qu
hubiesen de ac
tales invertidos
Pero quanto
al efecto de pr
y tráfico merc
despotismo de
buscando ocasi
menesteroso y
sus fueros y da
mera en declar
sonrojaria para
Al fin hubo de
gular aliento e
poco á poco s
mercado portu
El tratado d
por Methuen,
agricultura é in
(1) «Harto sé,
Gabinete ha tomado
poco ignoro que lle
tos millones los que
á cincuenta mil lo
mala administraci
parte, y de la nuest
Como el caracte
ridos mas notabl
conocido para ilust
reino; publicarem
hago las interesant
niosa.

Viajes publicados hasta el dia.

- Historia de viajes á las Antillas y al reino de Méjico.
 - Historia de viajes sobre el estado fisico, politico, eclesiástico y literario de nueva España.
 - Historia de viajes sobre el antiguo Perú.
 - Historia de viajes al Perú moderno. v. 2
 - Historia de viajes sobre el estado politico, eclesiástico militar del Perú moderno. v. 2
 - Historia de Viajes cerca el calendario de los Mejicanos.
 - Historia de viajes sobre la provincia y antiguo reino de Quito. v. 4
 - Historia de viajes sobre la América en general. v. 1
 - Historia de viajes á los antiguos paises de Tierra firme y Bogotá despues Nuevo Reino de Granada. v. 5
- Llevan láminas iluminadas.
- El precio de cada ejemplar es de cinco reales de vellon y además un real de vellon por cada lámina.
-

Se despachan en las siguientes librerías :

Barcelona: Bergnes y Comp. calle de Escudellers, Gorchs, Libreteria, Tornér, Regomí, y Vallés, calle del Pino.

Madrid, Razola. *Bilbao*, García. *Cádiz*, Hortal y Compañía. *Coruña*, Calvete. *Gerona*, Oliva. *Granada*, Sanz. *Málaga*, Martínez y Aguilar. *Murcia*, Benedicto. *Palma*, Guasp. *Pamplona*, Erasun. *Reus*, Angelon. *Salamanca*, Reyes. *Santander*, Otero. *Santiago*, Rey Romero. *Sevilla*, Caro. *Valencia*, Mallen y Berard. *Valladolid*, Pastor. *Zaragoza*, Yagüe.

RETURN CIRCULATION

10179499

